

DEL ESTADO SOCIAL AL ASCENSO NEOLIBERAL EN LA ACTUAL FASE TARDÍA DEL CAPITALISMO

Control de cambios políticos producidos por el Impacto social de la reconversión industrial generada por la revolución científica y técnica, el mundo de las finanzas, la economía global, la mundialización de la producción, mercados y consumos, y la impensada resignificación de sus economías emergentes en un mundo multipolar

Pablo Edgardo Martínez Sameck

Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Egresado de la Maestría en Ciencias Sociales con especialización en Ciencia Política de FLACSO, Programa Buenos Aires. Doctorando en Ciencias Sociales de la FCS/UBA. Profesor Titular Regular en Sociología del CBC/UBA.

Correo: pmsameck@gmail.com

“Lo esencial es invisible a los ojos”
“El Principito”, Antoine de Saint-Exupéry

“Todo lo que el hombre no conoce, para él no existe.
Por eso, el mundo tiene para cada uno el tamaño que su conocimiento abarca”
Carlos Bernardo González Pecotche.

“Una dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia, pero sería básicamente una prisión sin muros en la que los presos ni siquiera soñarían con escapar. Sería esencialmente un sistema de esclavitud, en el que, gracias al consumo y el entretenimiento, los esclavos amarían su servidumbre”
“Un Mundo Feliz”, Aldous Huxley (1932)

El propósito de este trabajo es establecer que, a mediados de los '70 del siglo pasado, comienza a desandarse, para su desarticulación, un ciclo clave: el del *Estado Social* o *Estado de Bienestar*, uno de los períodos más transformadores, intensos y dinámicos de la historia política contemporánea del mundo occidental. Tal *Estado Social* será visto en forma denostativa por quienes se habrían de constituir en la derecha neoliberal, leyendo a la época de manera descalificatoria, denigratoria, codiciosa y fuertemente negativa.

Los sectores neoliberales lo hallarán nocivo, peligroso, dañino: un obstáculo para el libre desarrollo de las fuerzas productivas, traba letal para una sociedad abierta, donde los *mercados* -abrumados por la especulación política, tensiones sociales y la presión fiscal- debieran ser redimidos para ganar la genuina liberal evolución de las sociedades.

Olvidan que tal florecimiento *del Estado y la política* surgió precisamente a modo de *respuesta* para superar cuarenta trágicos años donde proliferaron crisis permanentes, dos guerras mundiales, múltiples recesiones, amén de una aguda depresión. Se resarcía a los pueblos, luego de la segunda posguerra, a modo de desagravio al lograr establecer competencias políticas para el pleno ejercicio de presagiados derechos sociales, conquistados sobre la base de la sangre derramada por siglos de imperecederas *luchas*.

Para los neoliberales, ha de resultar un formidable gasto superfluo, del que usufructúa una sobredimensionada *sociedad política del Estado* -elefantiásica, la habrían de caracterizar- que ha de desempeñar un papel para nada técnico, invasivo, avasallante, clientelar, distorsivo, pleno de compromisos sociales con *la política*, y una pesada y agobiante carga para el cumplimiento eficaz/ eficiente de sus funciones. Situaciones que sólo se habrán de superar con el inexorable regreso al círculo virtuoso de esa energética superioridad vital que brinda la schumpeteriana “destrucción creativa” de *El Capital*.

Un *Estado* malgastador, con *políticas públicas universalistas* y desempeños extraños a su sustancia esencialmente arbitral y mediadora, con metas “ajenas” a su enfoque sobre la naturaleza humana, auspiciando una visión pragmática, que sólo debe ser juzgar por sus *resultados*; una noción utilitaria de la libertad que logre preservar al libre albedrío egoísta, alimentando una *razón instrumental* que exclusivamente priorice los objetivos

personales, ceñidos a confrontaciones competitivas y *la negación de el otro: sociedades* por fuera de toda noción de *comunidad*, sin sentido de igualdad ni solidaridad sociales.

La primera gran crisis del petróleo se produce a inicios de los años '70, catapultando a una ignota organización corporativa de un bien primario no renovable: la OPPEP -Organización de Países Productores y Exportadores de Petróleo-, aún vigente a la fecha. Un conflicto insospechado, tanto por su dureza como por sus consecuencias. Asociado inicialmente a la guerra del Yom Kippur -entre Israel y los países árabes- y al fracaso de las negociaciones con las destilerías y grandes empresas petroleras, con un desenlace que implicó, para 1974, una multiplicación del precio del crudo. Tal revés en aquella operación comercial tuvo graves consecuencias *políticas*: la imposición unilateral del precio del petróleo a escala internacional resultó ser un desastre que empujó a una catástrofe de la economía mundial. Tuvo un efecto multiplicador con resultados que acarrearón a una *crisis* sin precedentes y de proporciones desconocidas, que arrastraron a los EE. UU. y al mundo occidental a un nunca visto incremento de la inflación, que los llevó a la “racionalización” y “control de precios” sobre el combustible y derivados.

Un *acontecimiento* circunstancial, que el tiempo habrá de señalar *clave*. Un efectivo parteaguas. Estableciendo un cambio de escenario que instituirá *nuevas reglas de juego* que habrán de anticipar la modificación en las *relaciones de fuerza y de poder* entre el Occidente industrialista y los países de la periferia productores de bienes primarios.

El Occidente aprendía rápido de sus derrotas, reconociendo vulnerabilidades que bien pronto habría de corregir. Luego de soportar, desde los años '60 a fines de los '70, un tiempo de conatos y revoluciones, convulsiones y rebeliones, luchas contra la escalada nuclear y carrera armamentista, el surgimiento del pacifismo y la liberación femenina, logrando zanjar una larga serie de guerras poco favorables, amén del surgimiento de la guerrilla urbana, la ecología y la querella por el medio ambiente, los derechos civiles y humanos, magnicidios y atentados, toda una serie de conmociones del más diverso tipo y calibre, mancomunados a un cambio radical en los consumos, tradiciones, costumbres y estéticas en la vida cultural, las artes y en los estándares de vida cotidianos. Así, el mundo capitalista desarrollado se vio obligado a idear un “plan inflexible” que, junto con la conclusión definitiva de la catástrofe energética, también resolviera un sustancial cambio de naturaleza política que pusiera punto final al *estado de crisis* con que se había vivido al siglo XX. El Norte poseía la figura cuya audacia pudiera impulsarlo: el Secretario de Estado de los EE. UU., Henry Kissinger. El personaje indicado para delinear e implementar las profundas transformaciones estructurales de carácter *político* y material que permitieran resolver la urgencia de “poner las cosas en su lugar”, tanto a la insurgente periferia rebelde a más de acomodar el estado de exaltación y cuestionamiento permanentes que realizaban las clases subalternas a escala planetaria.

La idea era recuperar la iniciativa, para lograr plasmar su mayor potencial de imposición y restablecer otra *relación de fuerzas* que consintiera *sopesar* potenciales exigencias. Esta *agenda* reclamaba la decisión de redimensionar la unidad productiva dominante hasta entonces: *la gran fábrica*, ancestral organización técnico/ social de la producción fabril/ empresarial de la *industria capitalista*, para no volver a vivir las aflicciones provocadas por insurgentes y díscolas barriadas obreras de las grandes metrópolis, con sus “cinturones rojos”, cuna de demandas “ciegas”, reclamos masivos, violencia,

manifestaciones gremiales, sindicatos y centrales obreras, base social cuya dinámica habría de nutrir a movimientos radicales, guerrillas locales y/o internacionales. Lograr ese oxígeno que les redimiera del *no-contest* en que se había caído, recuperando esa coacción que históricamente lucieran los países centrales sobre el mundo periférico, a la vez que la domesticación de las clases sociales rebeldes y sectores subordinados.

Se constituía así una confrontación inédita, donde la evolución planificada del *sistema capitalista* le encontraba una “golosina” a esa díscola periferia, subsumiéndola a su propia ‘lógica’ *mercantil*, cuando a los bienes primarios se los comenzara a renombrar *commodities*. Los *commodities* son productos, materias primas, bienes primarios. Al *commodity* los enajena el hombre, o está en la naturaleza en proporciones importantes de una geografía, cosa que les permita pasar a ser un bien transable, cotizable, a la vez de especulativo y rentable: una mercancía más dentro del *sistema capitalista*. Se pueden citar *commodities* a lo que se dispone para elaborar productos alimenticios: soja, trigo, maíz, o hallarse en la naturaleza para ser de ella extraídas: esmeraldas, diamantes, oro, cualquier otra piedra preciosa y, para nuestro caso, el objeto de estudio: *el petróleo*.

Así, esta primera *gran crisis del petróleo* abrió las puertas para un inusual desenlace que les permitió a las potencias occidentales salir de aquel atolladero y de su ‘situación’ de defensiva estratégica. De ese *escenario* de sentirse “acorraladas” por un tenaz estado de intimidación, atosigadas por demandas permanentes, cuestionamientos crecientes y un *orden social* que trajera periódicos, cuando no cotidianos, *problemas de legitimación*.

Aquella coyuntura colocó en un brete a todo lo existente. La obsesión era recuperar al histórico potencial de coerción del viejo *poder imperial*, so pretexto de que la *crisis energética* -crisis que, por su derroche, afectaba al consumo masivo del combustible y al propio *modelo industrialista de producción*- era generadora de un contexto crítico que sería dramatizado ante la *opinión pública* cual, si fuera un cataclismo insoluble y que, tal maldición, habría de complicar la supervivencia del *mundo civilizado*.

Por primera vez, por fuera de las necesidades de una guerra a gran escala, los ‘servicios de inteligencia’, sumados a ‘la gran prensa’ y los representantes de *la política* poseyeron la efectiva potencialidad de elaborar una fábula derrotista, asegurándose la posibilidad de recuperar la iniciativa para imponer una serie de ‘mitos’ difíciles de entender, mas también dificultosos de desentrañar. Tal victimización consintió el replanteo del *Orden Mundial* y otras ‘condiciones de reconocimiento’ acerca del curso por el que estaba transitando *la guerra fría*, presumiendo una virtual supremacía militar soviética. Había que brindar una contundente *respuesta* a tan embarazoso ‘cuadro de situación’ por parte de quienes debían tomar decisiones imperativas: los EE. UU. y los sectores más duros de los países metropolitanos. La *crisis de legitimación del capitalismo tardío* exigía cohesión, cosa que permitiera protagonizar tal audaz movida: la Trilateral Comisión -EE. UU., Europa, Japón-, versión anticipada del actual *núcleo duro* de los países más poderosos del Norte: el G7, o Grupo de los Siete (1973), estructura de aglutinación de *los países capitalistas de mayor peso político, económico y militar a escala global*, conformada por Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Reino Unido y un representante por la Unión Europea (UE). Para aquellos años el G-7 poseía el 64 % de la riqueza global, v. g., las dos terceras partes del PBI de toda la sociedad universal.

Aquel replanteo estuvo en sus inicios pensado por el tema del *petróleo* para enfrentar al delicado *escenario* de Cercano y Medio Oriente. Pero, por el peso de la propia *potencia hegemónica*, incidió para *ordenar* su “patio trasero”: Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala y el resto de Centroamérica: Panamá, Haití, Granada, Belice, Guyana. Pero mucho más concluyente y homicida lo ha de ser con los insurrectos países del *Cono Sur* del subcontinente, brindándole apoyo a las dictaduras militares genocidas con “el Plan Cóndor”: Chile, la Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay y, de manera gradual, al resto de Suramérica. El secretario de Estado Henry Kissinger arremetió con éxito y audacia sin precedentes, tampoco explícita, su *objetivo estratégico de una severa reformulación del patrón económico/ social dominante: el modelo industrialista fordeano/ taylorista*, asociado al *Estado Social*, el *Welfare State* y las *políticas keynesianas de posguerra*.

Quienes vivieron aquellos años, jamás podrían imaginar cómo tales transformaciones estructurales habrían de cobrar tamaña envergadura produciendo, en algunos casos, de manera gradual, en otros, abrupta, tan esenciales transformaciones en *la relación entre Capital y Trabajo*; y al lugar ceremonial que se le habrían de conceder a *la política, la democracia, la igualdad*, modificando severamente a ese *mundo para todos* auspiciado para *la vida de los pueblos*, conmoviendo y alterando así al *destino de la humanidad*.

La comprensión de aquella época resulta difícil de transferir, casi ininteligible. Sobre todo, para los más jóvenes, o quienes pudieran adquirir *consciencia política y social* para aquellos '90, o el nuevo siglo XXI: para ellos, una realidad, por poco, ilegible.

Un *mundo* constituido de otra manera, organizado bajo otras ‘lógicas’, propias de una era de confrontación y antagonismos doctrinales, pero también de distinta calidad y otros compromisos colectivos respecto de las pujas actuales. Era *la guerra fría*, época de “fronteras ideológicas”, sometidas a *concepciones del mundo y del hombre* poco homologables, imposibles de conciliar. Un enfrentamiento integral: social, político, económico, militar, informativo, científico y deportivo entre *dos mundos*, terminada la segunda conflagración, bien por fuera de toda *colaboración* asumida cuando “aliados”.

El *mundo* se encontró, de la noche a la mañana, luego de la conferencia de Postdam (Berlín-1945), con un cambio total del *clima político*. Arrebatadamente se discutió la devolución de los territorios ocupados, la división de Alemania, las situaciones en Polonia, Yugoslavia y Grecia, las condiciones para la rendición del Japón y qué hacer con la España franquista. Al no arribarse a ningún acuerdo, tal querella, mal resuelta, llevó a posiciones cercanas a la *ruptura*, luego de la exitosa y solidaria reciprocidad y asistencia logradas -cuando la guerra- en los encuentros de Teherán (1943) y Yalta (1945). Fue a partir de allí donde *el mundo habrá de quedar dividido en tres grandes agrupamientos macro* que resultarían irreductibles, inmovibles. Un *primer mundo*, el de los EE. UU. y la Europa occidental, el denominado “mundo libre”, capitalista. Un *segundo mundo*, alrededor de la Unión Soviética y aliados, detrás de “la cortina de hierro”, socialista: la sexta parte de la geografía del globo y, luego del triunfo de Mao Tse Tung en China (1949), la tercera parte de la población mundial. Y un *tercer mundo*, integrado por el agrupamiento de los *países no alineados*, compuesto por las naciones y pueblos de Asia, África y América Latina, objeto de seducción y disputa entre las *potencias* orientadas hacia quienes luchaban por su “liberación”. Las comillas se deben entender para acentuar los *estereotipos* de la extrema ideologización que sostenían tales

‘lecturas’ para aquellos *agrupamientos*. Hoy, poco de aquello existe, inimaginable para quienes no lo vivieron. Sí, continúan hoy, las ‘lógicas’ simplificantes y demonizadoras.

Peor, antes, las explicaciones se nutrían de razones argumentativas y doctrinarias; hoy, el manejo del ‘sistema de la Información y Comunicación’ dominante y los ‘aparatos de Inteligencia’ fogonean estereotipos cristalizando patrones y modelos, jerarquizando valorativamente afinidades, alineamientos y conductas, o tan simple a manera de salvaje *amenaza* desde *el poder*: militar, económica, financiera. El *segundo mundo* desapareció con la Unión Soviética. El *primer mundo* convive con bolsones del *tercero*: los EE. UU. poseen más de 40 millones de personas bajo la pobreza extrema y el 21% de sus niños -no sólo de negros y latinos, sino también *white trash*-, y la existencia de un *tercer mundo* con apreciables *enclaves* del suntuoso *primero*. También se ha cronificado un *cuarto mundo*: el África profunda, por debajo del desierto del Sahara hasta llegar a Sudáfrica. Mientras tanto, han de surgir las economías emergentes. El Oriente extremo (China, India, sudeste asiático) convertidas en “la fábrica” de la humanidad, a costos imposibles de competir, donde la producción crece a tasas inéditas, de allí lo de “chinas”, juzgando que, para el mediano plazo, y de continuar estas tendencias, serán el ‘nuevo eje productivo del mundo’, sustituyendo a una Europa que se la vislumbra en decadencia: tras 600 años de superioridad y eurocentrismo, incluso hasta casi fines del siglo XX, auténtico ‘fundamento’ de civilización desde principios de *la era moderna*.

No obstante, con la señalada rigidez estructural de: buenos/ malos, libres/ esclavos, comunistas/ imperialistas, se tenían, aún en aquellos tiempos, firmes posibilidades de imposición de reivindicaciones y reclamos. Era un *mundo* estremecedor, pero sensible. También poco previsible, como *el de hoy*, pero por otras razones: un mundo poco permeable, no sólo por su rigidez ideológico/ política, sino porque le acompañaba *el espíritu de una época* convencida en la perfectibilidad del hombre y el progreso infinito de la humanidad. Los procesos emancipatorios de Asia y África, las revoluciones radicales en China, Argelia, Cuba, las luchas por la liberación en el sudeste asiático, las independencias de la India, Israel, Egipto, Siria, la descolonización europea y de la América anglo/ franco parlante, permeaban optimistas posibilidades de *políticas de transformación*. Eso estaba allí, latente, con probabilidades ciertas de *finales felices*, mucho más *abiertas* que cualquier perspectiva “progresista” *del mundo de hoy*, que de manera inexorable resulta *denigrada*. Se poseía un muy distinto *principio de realidad*.

También acendrado *escepticismo* sobre la viabilidad de *cambios pacíficos* o de llegar a conmover mentalidades, sin escaparle a esa noción tan sugestiva llamada: “revolución”. Se propaga una novedosa rebeldía masiva en las luchas obreras y juveniles que hasta alcanzaba a la cultura del rock inglés, asociable al ascenso de Beatles y Rolling Stones, punto de ruptura con aquel remoto pasado conservador inviable, efectiva línea divisoria con un protagonismo de masas de ingentes bastiones, principalmente de juventud, bien críticos del pasado inmediato. Y todo ello se originaba a partir de *convicciones íntimas*, que sólo surgen de tanto en tanto, por lo que se pudieran entender “causas justas”: los valores morales del Concilio Vaticano II^o extendido a la grey católica del hemisferio, la “teología de la liberación”, la “opción por los pobres”, la misma noción de socialismo, de los fines del comunismo, del marxismo occidental, la expansión del mundo musulmán, un quiebre sin precedentes para el ‘masivo consumo popular’ en bellas artes, junto al desplome de las instituciones entendidas *anacrónicas*: nobleza, monarquías, colonialismo, los poderes ancestrales. Del principio al fin se sentía que, con el derrumbe

del nazi-fascismo y los reaccionarios nacionalismos conservadores del pasado, el ideal de cambio -junto a la noción de *progreso*- era válido, viable, creíble, incluyendo a las sustantivas potenciales transformaciones sociales y políticas por razones éticas, morales y de estricta justicia. La misma idea de “revolución” era un legado lícito y vigente, una maniobra indefectible donde se habrían de plasmar las *ilusiones de cambio social*, imágenes ineludibles que habrían de lubricar cuanto *proceso de modernización*.

Con la *crisis política* y energética, hacia fines de los años '70, pero sobre todo para mediados y fines de los '80, se intuía que esa *época* habría de finalizar: una *fase* de ‘treinta años’ de *capitalismo de organización*, de *Estado Social o Welfare State*. Un ciclo caracterizado por plasmar anheladas *realizaciones* que devolvieran la fe perdida sobre la posible existencia de un destino para la vida y la humanidad. Una auspiciada posguerra de colaboración en donde se abriera una nueva fase para la historia de los hombres, resarcitoria del daño producido por el nazi/ fascismo: 80 millones de muertos en dos guerras mundiales, 170 millones, incluyendo *guerra fría*, cifras para el “siglo XX corto” (1914/ 1991) del inglés Eric Hobsbawm, extraídas del reaccionario estratega norteamericano/ ruso/ polaco Zbigniew Brzezinski, asesor de la nueva “línea dura” en materia de Seguridad Nacional de los presidentes James Earl Carter y Ronald Reagan.

Una realidad caracterizada de disímiles modos pero que, para la sociología crítica, en el contexto de la *guerra fría*, consolidaría la integración social para *el mundo occidental* hasta poco tiempo atrás impensable: la del *Estado Social*, en lenguaje sociológico: *Estado de Bienestar*, también conocido por *Welfare State*, *l' État du Providence*, en paralelo con los procesos latinoamericanos encabezados por los llamados *populismos*: Lázaro Cárdenas en México, Getulio Vargas en el Brasil y Juan Domingo Perón en la Argentina que, de diferentes maneras, el hemisferio todo se encontraba madurando para aniquilar los rezagos de anacrónicas e históricas clases oligárquicas aristocráticas del modelo clerical hispánico que todavía campeaban en el continente enseñoreando su paternidad de linaje, consagrándole otro impacto a conceptos como *Estado* y *política*.

Mas el período carece de comprensión si no se lo contextúa apropiadamente. Porque todo esto se produce dentro de un ‘cuadro de situación’ específico: *la guerra fría*, eufemismo con el que soterradamente se oculta a *la tercera guerra mundial* (1945/ 1991). Un período de cruel competencia entre *dos regímenes político/ sociales contrapuestos*, nutridos en los *antagonismos* de sus logros entre las dos grandes potencias triunfantes de la segunda guerra mundial. Para el *universo occidental*, tal ciclo de transformaciones se habrá de asentar sobre la aceptación de *ideas* de una “democracia social”: un original arquetipo de *apertura política y social* que, de manera gráfica, el historiador inglés Eric Hobsbawm los ha que rotular: “Los años dorados”, así como los franceses lo habrán de denominar: “les Trente Glorieuses” o “Treinta Años Gloriosos”, y los alemanes: *Nachkriegsboom*, algo así como “el boom de posguerra”.

Aquella época resultó ser el período socioeconómico de mayor progreso de la historia de Occidente; transcurrido desde finales de la segunda guerra mundial (1945), con vigencia hasta la salida de la primera *crisis del petróleo* (1975), cuando se clausura al viejo pacto negociado de Bretton Woods (1944), al momento en el que el presidente Richard Nixon irá sustituyendo al *patrón oro*, que sostenía al dólar papel, con el precio del petróleo crudo universal acordado con Arabia Saudita (1981). Una época posbélica impar. Donde se consolida el citado *capitalismo de organización* en su *etapa tardía*,

asentado en el *modelo industrialista fabril* de matriz *fordeano/ taylorista* de la *gran fábrica*. Un período de enorme crecimiento y progreso social en todo el largo *ciclo* del *modo de producción capitalista*; aquel iniciado hacia el 1780 del siglo XVIII, y que llega a su cenit con este *Estado de Bienestar* donde, por primera vez en la historia: un trabajador, obrero, productor o vendedor de mercancías, empleado público estatal o administrativo, logra participar en los *consumos* del *mercado*: la *sociedad de consumo*.

Un conjunto de célebres intelectuales reaccionarios habrán de rebelarse en abierta y febril oposición al *Estado de Bienestar*. Liderados por Milton Friedman, Friedrich von Hayek, Salvador de Madariaga, Ludwig Erhard -responsable del denominado “milagro alemán”-, Jacques Rueff, Ludwig von Mises, Walter Lippman, Karl Popper, y los premios Nobel de Economía: George Stigler (1982), James M. Buchanan (1986), Maurice Allais (1988), Ronald Coase (1991), Gary Becker (1992) y Vernon Smith (2002) y donde, desde la Argentina, era asiduo concurrente el militar capitán ingeniero Álvaro Alsogaray; ellos constituirán la ‘Sociedad de Mont Pelerin’, inevitable antecedente de los procesos que habrán de modificar la ‘lectura’ *del mundo* desde los ’70 e inicios de los ’80. Se habrían de reunir periódicamente desde 1947-así como hoy las transnacionales y los principales países centrales lo hacen en la localidad de Davos, Suiza- en el Hotel du Parc en la villa Mont Pelerin, cerca de Montreux, también Suiza.

Eran los responsables de esta reacción que se irá consolidando, años después, en una corriente filosófica, económica, política e ideológica, de lo que aquí se ha dado en denominar *neoliberalismo*. Una corriente de transformación regresiva que ofrecerá una ‘lectura’ neoclásica de la Economía, extrapolando mecánicamente aquella vida en sociedad de entonces al *mundo de hoy* sin interposiciones, mediaciones ni ajustes. Un proceso disimulado, encubierto, dosificado, de difícil visibilidad para *el gran público*.

Un auténtico desarrollo subterráneo simplificador, frente a una realidad colmada de procesos progresiva y crecientemente diversos y complejos, donde logran plasmar una acumulación de ‘inteligencia’ cuya producción se habría de exhibir en el momento adecuado, cuando *el gran público* estuviera influido, cuando no cautivo, por décadas de fuego cruzado de publicidad, propaganda, ‘acciones de Inteligencia’, dispendios y se lograra que quedaran atrapados dentro de un novedoso ‘sistema de creencias’ asociado a un irrefrenable consumismo masivo que, de manera pausada, mas inexorable, habría de alterar las condiciones de la ‘subjetividad’ cual *mercancías*. Tales obstáculos para *el gran público* no habrán de ser el producto de ningún azar, o la simple promoción de los sectores menos politizados, esos que la sociología funcionalista llamaría *sociedad de masas* -con su tendenciosa ‘lectura’ de la ‘teoría de la democracia’ y sus extensiones: “totalitarismo” y “populismo”. Tal interesado como maníaco deslumbramiento, pleno de alienación, etnocentrismo y *racionalidad instrumental* (utilitarismo y desamorado pragmatismo), habrá de provocar una formidable confusión teórico/ conceptual para un sector de la *intelligentsia* que culminará siendo *cooptado* con fuerte incidencia en las áreas de especialidad: política, análisis, economía, periodismo, intelectuales, Academia.

El saber del técnico y el experto habrá de reemplazar a la reflexión crítica del intelectual y académico, sustentado en el conocimiento epistemológicamente fundado. Se habrán de ir alterando todas las ‘condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento’, sometidas a presiones de irreflexiva *connivencia* por responsabilidades y niveles de compromiso, acerca de *un mundo* -en su apariencia-

constituido sobre las bases de *la era de la ciencia y la tecnología*. Una ‘leyenda blanca’ que dramáticamente brinda ‘supuestos’ y ‘sistemas de creencias’ asentados en mundos ilusorios y relaciones imaginarias acerca de *cómo funciona la vida social*. Volviéndose indispensable realizar esta debida *contextualización del mundo de hoy*: un período muy particular, ulterior a la segunda posguerra, generalmente soslayado, que se lo habrá de denominar: *capitalismo de organización*, *verbi gratia*: *Welfare State* (*Estado de Bienestar*), *neokeynesianismo* en Economía Política, y de consolidación *política e ideológica* para un *Estado Social*.

Tal *capitalismo de organización* poseía una *sociedad política del Estado* basada en su gestión de intermediar, velando por el equilibrio entre los intereses del conjunto social, esto es, entre *el Capital y el Trabajo*, sumados a un *Estado de Providencia, proveedor*, que se comprometía *en asegurar beneficios colectivos*: previsión social, salud pública, educación, consumo, empleo, vivienda, infraestructura, transporte, equipamiento, para un grueso mayoritario de la sociedad. Un proceso que difícilmente se pudiera entender si no se lo hace dentro del original tipo de confrontación de su momento: Este/ Oeste, de un *mundo bipolar* propio de *la guerra fría*, procurando evitar “filtraciones” enemigas por retaguardia. Una confrontación cruel a la que, propagandísticamente, se le procuró restar dramaticidad a su permanente *estado de beligerancia*, denominándola proceso de *emulación pacífica*. Cuando en la realidad causaba una desleal y feroz competencia: armamentista, militar, social, política, teórica, de información y espionaje entre el *primer mundo*: los EE. UU. y el noroeste occidental de Europa, por entonces llamado: Comunidad Económica Europea (CEE), y que hoy, luego del Tratado de Maastricht, se denomina Unión Europea (UE), con el soporte militar de un conglomerado sustentado en la: NATO, Organización del Tratado de Atlántico Norte -recuérdense los alcances geopolíticos de estas siglas en inglés-; respecto de un *segundo mundo*, conformado por los países bajo influencia de la Unión Soviética, la CAME: Consejo de Ayuda Mutua Económica (en inglés: COMECON), bloque comercial fundado el 4 de enero de 1949, y licuado el 28 de junio de 1991 con la disolución de la URSS, bajo el *soporte militar* del llamado *Pacto de Varsovia*. Como también un *tercer mundo* y de *países no alineados*, conformado por los pueblos de Asia, África y América Latina, objeto de forcejeos y coacción para su ‘alineamiento’ bajo la égida de alguna de las dos grandes potencias.

Un período delicado, con encubierta y desmedida brutal hostilidad, aunque, al inicio, formaran parte de *otra época*, la de hasta antaño, de mutua colaboración entre “los aliados” en común lucha contra “el eje” nazi-fascista. Período hostil iniciado en 1945/47, según se tome a la conferencia de Winston Churchill, en la Universidad de Fulton, Missouri, sur de los EE. UU., cuando en su versión británica (1946), dijera: “Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente [Europa] *un telón de acero*”, dejando al simpático “uncle Joe” para ser Stalin: “acero”, y proyectar su metálica imagen de dureza al *régimen político*. “Cortina de hierro”, para la versión castellana. Emergente de los “esfuerzos de guerra”, la imprevista propiedad de “la bomba atómica”, que partía del válido supuesto acerca de la imposibilidad -por parte de la latente potencia rival- pudiera hacerse de ella por un periodo más o menos inmediato. Este será el elemento que habrá de alterar la ‘lógica’ de tal “marco de alianzas”. Ya no hay ninguna “exigencia” de desembarco del Ejército Rojo en Manchuria para derrotar al Japón. La bomba atómica fue lanzada el 6 de agosto de 1945 en Hiroshima, y el 9 de agosto en Nagasaki. Para los mismos días, el 8 de agosto, los soviéticos habrían de cumplir con sus compromisos de Yalta, desembarcando en el extremo Oriente, en el

seno del Estado títere japonés del Manchukuo (Corea, Manchuria y Mongolia interior), donde moraban más de millón y medio de soldados nipones, impedidos de concurrir a la comarca propia en defensa de su territorio nacional por la ausencia de combustible.

No debieran existir mayores especulaciones, ya que el tiempo les brinda a los *sucesos* su debida extensión. ¿Contra quién fue lanzada la bomba atómica? Un evidente *mensaje* por elevación de parte de quienes por entonces se consideraban los ganadores por el rédito y ventaja que les brindaba el novedoso producto nuclear del *proyecto Manhattan*. O si no, para el caso que no sea la declaración de Churchill, quizás también, al Plan Marshall, *European Recovery Program*, ERP, ideado por el secretario general George Marshall: un activo plan de reconstrucción y asistencia para los Estados aliados europeos (1947/52) y que, en sus inicios, incorporaba la reconstrucción de la Rusia soviética, pero que, ahora, juega a otros *objetivos*: “chantajear” para la eliminación de los representantes *partisanos* en los ‘gobiernos de coalición’ europeos de “salvación nacional”, donde la guerrilla ocupaba el lugar de los regímenes colaboracionistas recién derrotados. La *época* del “Bella Ciao”. Expresión del clima de confrontación que se avecinaba, y que daría lugar a la señalada puja integral de *la guerra fría* entre las jefaturas de los dos bloques político/ ideológicos: los EE. UU. y la Unión Soviética.

El tiempo demostró que, tal como desde un inicio Occidente lo persiguió, esta situación no habría de permanecer estática. Por el contrario, habría de evolucionar de manera viva, con avances y retrocesos parciales, por medio de milimétricos triunfos y derrotas, en general mayormente propagandísticos, nunca conquistas absolutas ni terminantes.

A mediados de los '70 se produjo la señalada *crisis del petróleo*. La OPPEP expresaba la condición crítica por la que transitaba *el modelo de acumulación capitalista*: un tiempo de agudas dificultades estructurales para *el Capital* concentrado y el mundo de las finanzas, la realidad exigía un redimensionamiento de las expectativas ciudadanas. Dificultades que pusieron bajo sospecha la posible continuidad de viabilidad del *modelo industrialista fordeano/ taylorista* en el que se sustentaban *las políticas keynesianas de integración social: el Welfare State, el Estado Social o capitalismo de organización*.

Señales preparatorias del gradual *triunfo formal* del *sistema neoliberal*. Desde aquellos años se establecía, y también de manera previa para generar ‘condiciones’ de aceptación y tolerancia para las futuras transformaciones: un escenario de *crisis* persistentes. Al principio periódicas, luego, *crónicas* y larvadamente *permanentes*, para ir desafectando gradualmente los logros y conquistas sociales por el que se sangraba el *régimen de acumulación capitalista* en los *países centrales* acreditados con “democracia social”, la opción de masas dispuesta cual escenario político para el despliegue de *la guerra fría*.

El *capitalismo*, con sus *crisis*, suscitaba severos *cuestionamientos morales, políticos, militares, culturales*, como lo expresaban: los procesos de descolonización, los rebeldes '60 y tempranos '70, los desarrollos de ‘liberación’ del *tercer mundo*, la misma *guerra fría*, masivas transformaciones culturales: rock, la píldora, teenagers, pero, sobre todo: su más que *lento progreso técnico, caída de la rentabilidad empresarial, débil ritmo de acumulación y desempleo estructural*. Lo que para fines de los '70, el heredero director de la Escuela de Frankfurt, Jürgen Habermas, los representaba con su: “Problemas de Legitimación en el Capitalismo Tardío”, nuestro llamado *capitalismo de organización*.

A lo largo de este *ciclo* de fuertes cuestionamientos, y en respuesta a tanta rebelión y desobediencia, las expresiones concentradas *del poder mundial* van a ir brindando sus primeras *respuestas*. Inicialmente denominadas *neoconservadores*, “neocon”: grupo Mont Pelerin, la Trilateral Comisión: Europa, EE. UU. y Japón, bajo la tutela del magnate David Rockefeller y Henry Kissinger, junto a las apodadas *corporaciones multinacionales*. Se comienza a experimentar con los primeros *programas económicos y sociales* “de ajuste”: ya que sus bases iniciales se habrían de asentar bajo las dictaduras militares de Chile y la Argentina que, como doctrina, irán cobrando gradualmente centralidad mundial, hasta convertirse en la *única cosmovisión*, el titulado: *pensamiento único*, afincándose en todos los *sistemas sociales de influencia occidentales*: una única ‘lectura’ racional, etnocéntrica, de cómo se pudiera pensar la *vida económica y social*.

Durante este ciclo, postrero al fin de *la guerra fría* (1989/ 91), se habrán de consolidar una serie de *programas económicos y sociales* inscriptos dentro del *paradigma neoliberal* que habrán de apuntalar y fortalecer *las relaciones mercantiles* y beneficiar *las situaciones del poder de clase* entre los sectores socialmente más concentrados.

Su expresión más nítida lo conformarían, para los tempranos ’80: Reagan/ Thatcher/ Köhl, en el contexto de un significativo retroceso de los valores del bicentenario de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Trama fuertemente influida por el derrumbe de las ‘condiciones políticas y sociales’ del *mundo de la cultura y las artes*.

En el grueso del siglo XX, tales ‘condiciones’ habían estado implicadas con *el cambio y la revolución social* y, para esta época, comienzan a estar atravesadas por corrientes intelectuales y académicas más agnósticas, donde habrán de primar el economicismo, el relativismo cultural y moral, las filosofías neutras, ajenas de todo *compromiso político* con *el cambio social*. De esta manera, sin proponérselo, primero el existencialismo, luego el estructuralismo de matriz francesa, las nuevas corrientes renovadoras en la Historia, Sociología, Psicoanálisis y demás CHyS que, al principio, habrían de influir con esa renovada ‘lectura’ *occidental epocal* y del *marxismo*, que en su momento sirvieran de *marco* para un auspiciado *ascenso social, político e ideológico* favorable al *cambio radical y revolucionario*, hacia fines de los años ’80 cambiarán con el desvío del estructuralismo, el posestructuralismo, sin propósito perceptible. El acomodamiento a un *clima de época*, a una atmósfera diletante, escéptica, sin *asunción política*, donde primará *el relativismo cultural y moral*, el posmodernismo, desinteresados de cualquier compromiso con la *vida económica, social, cultural y artística de las masas*, el *cambio social* que ha de consolidar un *crítico contexto conservador* con penosas consecuencias.

Pensadores que antes se encontraban en determinado bando, como Jean Beaudrillard, Gianni Vattimo, quien tiempo después se habría de autocriticar, han de pasar al campo insulso del relativismo posmoderno, produciéndose un descentramiento de *la política, el poder, el Estado*, la Historia, la Ideología, y tanto demás, a lo que se le debe sumar el “boom” del *absolutismo hegeliano* de Francis Fukuyama, con su “El fin de la Historia y el último hombre” (1992), junto al irremisible debilitamiento y menoscabo de la influencia *marxista* tras el derrumbe del Muro y la disolución de la URSS. Así, para los años ’90, todo el *pensamiento social* habría de perder toda noción de imperialismo.

Así también, se irá consolidando esta doctrina que sí realmente procuraba disputar *el poder real* encubriendo sus *orientaciones teleológicas o finales*. Una *realización político/ ideológica* que acerca a los silenciosos procesos gramscianos de *revolución pasiva o transformismo*, por lo solapado y sigiloso de sus operaciones. De un *poder real* que departe como *la mafia*: que ha de aleccionar, sustrayéndose. Nada habrá de ser frontal ni manifiesto, nos instruirá de manera solapada acerca de los modos y los medios de los cuáles ese *poder* se sirve, se hace, sobre qué alienta, reniega, qué escamotea o distrae, aunque nunca lo haga de una manera traslúcida ni tan explícita. Tal como lo señala la antropóloga feminista Rita Segato con su “pedagogía de la crueldad” sobre cómo *el poder* se sustenta en sus operaciones massmediáticas: “No es que el ojo del público sea cruel y rapiñador, sino que se lo enseña a despojar, a rapiñar, a usar los cuerpos hasta que queden solo restos; es una pedagogía porque ese público está siendo enseñado”, y cuando añade: “el público es enseñado a no tener empatía con la víctima, que es revictimizada con la banalidad y la espectacularización con que se la trata en los medios”. Un *poder* aleccionador, adocenado e implicado en disputas de constante movimiento y transformación, donde sus “fronteras” siempre serán móviles en ajuste a “relaciones de fuerzas” ya que, en poco tiempo, irán en contra de *la ideología* hasta no hace mucho dominante en Occidente y de la que se sirviera cuando *la guerra fría*: “la democracia social” que, de forma insólita, de allí lo de *razón instrumental*, de abuso y utilización de las acciones conformes a su utilidad, de repente, pasó a ser objeto de descalificación cual *visión comunista* cuando, sabido era, fueran *rivales* sino *enemigos*.

El *ascenso neoliberal* implicará la vuelta al pensamiento esquemático, simplificado. *El neoliberalismo* es partidario de los dogmas “secos”, sintéticos, sustantivistas, imperiosa y radicalmente capitalistas. Un *neoliberalismo* que se debe entender más bien en cuanto doctrina deslucida, parcial, para nada bien fundada. Con una ‘relectura’ simplista, cuando no reduccionista, trasplantada de manera mecánica del viejo liberalismo plural de los siglos XVIII y XIX, frente a un secularizado *mundo de hoy* concluyentemente diferente. Un recetario cuyo vademécum extrapola de manera disipada principios inamovibles en una desprolija operación de reconversión a manos de sus *fuentes del poder*: los sectores financieros y fáctico reales de poder de la era tecnológica del capitalismo concentrado, reconfigurados en transnacionales, propios del tiempo de la economía global, donde convergen la mundialización de la producción, los mercados y los consumos. Tosca espontaneidad del poder que perfecciona sus pingües instrumentos sobre la marcha. Un *mundo de hoy* insuflado y encerrado bajo la jaula de un presente eterno, sin utopías ni futuros posibles, ni tampoco de memorias ni triunfos. Que impide cualquier posible recupero de los movimientos colectivos de aquel pasado que le dieran distinción al siglo XX: el siglo de las revoluciones, la descolonización, la conquista de la democracia, de los derechos sociales, civiles, humanos y todas las luchas colectivas a las que se les endilga el sayo de inconformistas, de subversivas, al ser socializadas bajo los patrones culturales neoliberales hoy dominantes de individualismo y competencia.

El *neoliberalismo* comprime nuestras vidas a un eterno presente. El *mundo de hoy* está signado por una supuesta vorágine de elaboraciones que brinda la imaginaria impresión de un cambio permanente. Claro que sus soportes fundamentales, tecnológicos, económico/ sociales, permanecen incólumes, subterránea e invisiblemente firmes. La sociedad de libre mercado asegura satisfacer los deseos más profundos, cuando en realidad es el ‘sistema de Información y Comunicación’ quien domestica los sueños colectivos a utopías individuales «privatizándolas». Un *mundo de hoy* que moldea todas

las perspectivas de la vida bajo a una trama de sometimiento, acriticidad, allanada bajo el tamiz ordenador de la resignación en instituciones y relaciones sociales predigeridas.

En las *sociedades neoliberales*, al pasado se lo cosifica y al recuerdo se lo privatiza, resultando, a la postre, no ser otra cosa que un artículo más de consumo, volviéndose sus recuerdos algo psicológico, inofensivo, folklorizado, construido y difundido para el consumo propio, particularizado, nostálgico, perdiendo todo su primigenio ‘sentido’ al ser asimilado, metabolizado, por la *industria cultural de masas* que lo habrá de volver inocua *mercancía*. Las *políticas de la memoria*: museos, conmemoraciones, son inicuas instancias de recupero acrítico de lo vivido, una malla ordenadora para que las víctimas se permitan la construcción de *un sentido común* ‘políticamente correcto’ y que ello favorezca para adocenar lo vivido domesticándolos a los criterios vigentes y vivos de la *cosificación* o *reificación*, sublimando todo aquello que pudiera ser disruptivo, heroico o memorable a algo inerte, homérico, pero inofensivo, y adaptado a brindar su máxima productividad: rentabilidad, con cobertura en medios de comunicación masiva, modas, sobreadaptado a gustos preestablecidos bajo *los patrones socioculturales neoliberales*.

La *globalización* tiende a reconvertirse neutralizando y avanzando, superponiéndose y sofocando toda autonomía. Sobre todo, de aquello que pudiera derivarse de esos protagonistas contemporáneos: *el Estado* y *la política*. Pero, esta vez, con su instruido aprendizaje de saber incidir en la retaguardia de *una sociedad civil* quebrantada en su conformación por su inclinación hacia una nueva ‘subjetividad’ que ha hecho del *hombre* un *ser vulnerable*: el tránsito del *ciudadano político de la democracia* que pasa, de la noche a la mañana, a mero *consumidor*. Una vuelta atrás de aquellos derechos trabajosamente conquistados, sujeto a cierta disciplina impuesta por una *visión* imperiosa que, en su literalidad, esconde, deificando esquemáticos y dieciochescos *dogmáticos principios* del viejo *liberalismo*, algunos sabios, extrapolados acríticamente al *mundo de hoy*. Un *mundo distinto*, que exige de tal regresión para su abstracta sacralización. Un credo vanidoso y solemne de: *mercado, propiedad privada, derecho a la renta absoluta, individualismo radical*, lucha contra cualquier instancia colectivista, consumismo, desmantelamiento al costo que sea de todo aquello que olfatee al irracional *Estado polifuncional*, elefantiásico, condenando toda esa sobrecarga de demandas sobre *la sociedad política del Estado* que debiera abstenerse y no contaminar con exigencias y orientaciones que se opongan a la *iniciativa individual*, el *juego de la oferta y la demanda*, el verdadero “ordenador natural” de *la vida en sociedad*. El *mercado* será el ‘racional’ adjudicador de los recursos justos para la sociedad; restringiendo toda influencia de los viejos colectivos: partidos, sindicatos, centrales obreras, *política*, legislaciones laboral y previsional, organizaciones colectivas, cooperativas y demás. Limitándose al máximo a cualquier intervencionismo, a excepción de situaciones extremas o de excepción, cuando no lo puedan resolver *los poderes privados*. Tal apología del *mercado* es doctrinaria, porque se ejecuta sin pudores, imponiendo naturalmente su intervencionismo más descarado, imputando sus normas, supuestos, pero sobre todo al convalidarlo en un “paraguas” para sus negocios.

Esto habrá de provocar *el libre desarrollo de los mercados* y el *auspiciado flujo global de los Capitales*. Liberados del corsé, redimidas las schumpeterianas pasiones, esas *fuerzas productivas* estarán desatadas a su arbitrio, constructoras, irrefrenables, febriles, donde los *particulares* estarán desimplicados de la carga de impuestos asfixiantes, bajo el aleccionador catequismo de *la libertad individual*, emancipados de toda *libertad*

negativa (Isahiah Berlin) que sólo superan el *consumo*, la *iniciativa propia*, el *personal emprendimiento particular*, de ese *sueño íntimo* que supera todas las infranqueables *barreras* que, liberadas de la *asfixia* opresiva de *los poderes mundanos*, siempre autoritarios, habrán de provocar la ruptura de los límites intervencionistas del “afuera”: *el Estado*, anacronismos del pasado, de todo lo viejo. Todo eso que se ha de abrir e iluminar con el ascenso de *las relaciones mercantiles* redimidas y globales, cimentando *poder y éxito*, la señalada “destrucción creativa” del schumpeteriano *Capital* irresistible que, una vez desatado, habrá de generar auténticos horizontes de amplias realizaciones personales que desborden cual burbujas de champagne para todos. Así, tal ausencia de restricciones frente a ese mundo liberado de constricciones y límites burocráticos ha de plasmar el auspiciado apotegma de *la libertad neoliberal*: “Procurando cada uno su propia realización, la sociedad toda habrá de avanzar”, decía la síntesis propagandística de la quimera *neoliberal* tan propia y vigente para la larga década de los años ’80 y ’90.

De esta manera se produce el afianzamiento de una doctrina que, reinterpretando a Perry Anderson, resulta: pueril, huera, cándida, trivial, insustancial, rústica hasta la grosería en su *simplificación de una realidad crecientemente compleja y multilateral*, no haciendo otra cosa que afianzar intocables de un modo desmañado pero efectivo, entronizando *verdad* en conceptos más que ligeros y opinables. Similares recetas para “todos los males”, que encierran una indulgente ‘lectura’, acrítica, superficial, con resoluciones técnicas, políticamente inadecuadas, desalmadas frente a los insolubles, graves, crónicos *problemas reales*, alejadas de las banderas *democráticas* de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Conceptos de una *democracia* basada en *valores* socializables, proyectables en su nombre *para toda la humanidad*.

A fines del siglo pasado, finalizando de afianzarse en lo que va del XXI, se consolida un ‘cuadro de situación’ con una *agenda pública* asentada en las ‘condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento’ discursivas que garantizan *registros* basados en ‘sistemas de Información y Comunicación’ concentrados, asentados en la tecnología de la era digital, cual socios dependientes de “los grandes jugadores”.

Serán los conglomerados multimediales, asociados a *los factores reales de los poderes fácticos* quienes habrán de lograr inéditos niveles de incidencia en *la vida cotidiana*, en la *cotidianeidad simbólica, cultural, ideológica*, de las *sociedades*. Más aún, se habrán de constituir en el *factor esencial* para la conformación de su propia intimidad de ‘sujeto’, tolerando con su *pasividad y naturalización* a un *mundo de hoy* ya consentido, sometiéndose al aceptar sumisamente las nuevas ‘condiciones’ de precariedad social.

Frente a la grave vacancia de una sociología política del conocimiento solvente, se ha dejado desierta un área vital para los estudios sobre la ‘ideología’, ‘subjetividad’ y *producción social del ‘sentido’* que no cubren el psicoanálisis, la comunicación social, ni los estudios psico-sociales, amén del declive teórico de la ideología marxista y la omisión de la politología que no concibe esencial tal *objeto de estudio*. La antropología social posee autores serios e influyentes, mas con su déficit crónico: vasta e inespecífica generalización, tan habitual en sus largas *visiones* idiosincráticas, ligadas casi siempre a las subculturas y usuales cronicidades con fijaciones centradas en los particularismos.

Esta movida mediática de la *doctrina neoliberal* se elabora dentro de un marco inédito de formidable y continua innovación científica a través de las telecomunicaciones y el

cambio de paradigma tecnológico que trajera consigo la *revolución científica y técnica* (RCyT), generando que esa doctrina implantada resulte ser un ingrediente esencial si no indispensable para la larga serie de mutaciones subsiguientes que habrán de jugar, ellas cautivas, atadas las unas con las otras, a un modo de ‘lectura’ presamente encadenado.

La RCyT pasó a ocupar un lugar central dentro de la parte más cuantitativa del ‘sistema de Información y Comunicación’: la informática, telemática, cibernética, la producción segmentada en serie y nuevos materiales se irá constituyendo en el eje transformador y fuente inagotable de la Información legitimante, prácticamente la principal, cuando no única garante de su *éxito*, con una notable influencia e ineluctable incidencia en las *praxis* y *prácticas ideológicas*. Estableciendo ‘sistemas de creencias’ que habrán de nutrir y sustentar dichas diferentes *praxis sociales*, en esencia, “ideológicas”, sostenidas sobre la cronicidad de ancestrales estereotipos, con ‘concepciones del mundo’ que atraviesan diagonalmente al grueso de *la sociedad*, para que los ‘sujetos’ no se puedan desagregar del absoluto de su *condición social* de ‘clase’. Manteniendo la vigencia del viejo precepto althusseriano: “la ideología interpela a los individuos en tanto ‘sujetos’”. ‘Sujetos’ aprisionados, cooptados, a-sujetados, a las cualidades del *poder hegemónico*.

La resolución favorable para tal primacía *neoliberal* se asentará en dos *acontecimientos* no previstos. Por una parte, la señalada *crisis petrolera*, generando condicionamientos a las respuestas para una *masiva sustitución energética*, precipitando lo que se ha dado en llamar: la RCyT y un *cambio radical en el paradigma tecnológico*. Mientras que, por la otra, ha de emerger su contracara indispensable que trajo consigo *la crisis energética*, la que provocara que *el Capital productivo industrialista* generase, a través de su fluida liquidez en los *mercados*, la imprevista existencia de petrodólares y eurodólares, por los cuales la RCyT se habrá de consolidar con *la especulación mercantil*, por medio de las prerrogativas que siempre les brindará la fácil tasa de ganancia del *Capital financiero*.

Tal convergencia provocará inadvertida y sólida evolución, fuerte penetración vertical impositiva que será sostenida y retroalimentará con exitosa vigencia a través de los tecnológicos *complejos multimediales* que venían ostentando inéditos grados de alcance e intensidad, a través de los atractivos de una novedosa *fetichización*. *Fetichización* que brinda innovadoras capacidades de incursión y consistencia mucho mayores que las que produjeran en el pasado el ‘sistema de Información y Comunicación’ de la época de los periódicos a la inglesa, con su noción de *prensa libre* adheridos al victoriano concepto, o masón, de *cuarto poder* o de la televisión de rayos catódicos. La ‘Comunicación’ no sólo influirá en cuanto a su ‘sentido’ estricto de ‘sistema de Información’ cruda, directa, generando “opinión pública”, sino que también modificará la percepción y sentimientos respecto del *mundo de hoy* y sus referencias dentro de los cuales se inserta. No sólo en *el mensaje* sino, al mismo tiempo, afectando con fuerte dominio la esfera de los *valores* y *el sistema axiológico*, por lo tanto, dentro de todo el *ámbito ideológico*, vale decir, de la ‘concepción de mundo’ por medio de la cual cada individuo se ha de insertar y habrá de interactuar con sus *praxis* en *la vida social*. Tal fluidez en la circulación de tal cantidad de *mensajes* monocolors generalizados y a granel habrá de establecer los ‘potenciales’ de amplitud mental y posibilidades de discriminación de sus *receptores* y *audiencia*. Así como también al grado de plasticidad en los criterios a utilizar y, sobre todo, logrando alterar convicciones y compromisos, principalmente del ‘potencial’ de discernimiento de situaciones inducidas por *el poder* al ser entendidas generalizables.

El discernimiento exige, además de sana capacidad de generalización, una conveniente discriminación que consienta abordar su pertinente particularización, cosa que habrá de permitir el emerger incólume del *universo objetal*. Paradójicamente, se entiende que, en épocas de un mayor caudal de ‘Información’ y, en teoría, previsible superior ‘dominio’ por sobre “la naturaleza”, *el poder* se permita crear un peligroso tipo de ‘sujeto’: pasivo, insensible, impasible, abrumado, autocentrado, inducible, atribulado, adicto a las formas en detrimento de los contenidos, falto de convicción y de principios. Convertido cada vez más en un *actor indiferente*, tenuemente activo, a partir de lucrar del poder impositivo de esta ‘Comunicación’ vertical que instrumenta envilecidos estereotipos.

‘Sujeto’ pleno de prejuicios, manejable cuando las circunstancias así lo requieran o la conveniencia admita soportar y sustentar apropiadamente; o inalterable frente a un *mundo adocenado*, poco sensitivo e indiferente. Aquello que la ‘sociología reflexiva’ designara: manejo de *la información hostil* (A. Gouldner); donde se puedan resistir las reacciones no calculadas, imprevistas, que turben o hagan renegar al *poder*. ‘Sistema de Comunicación’ limitado a la siembra de un *sentido común* acrítico, masivo, que eluda al *conocimiento como consciencia* (A. Gouldner), apresando al cientista social, que se encuentra ya eximido de *cientificidad* al estar cooptado en su *status* dentro del *dualismo metodológico* (sujeto/ objeto), y al cómodo imperio de la estereotipia del *conocimiento como información* para que, cuando se produzcan alteraciones no previstas ni deseables, no se responda, sometido bajo rutinarios estándares asentados en patrones conductistas preestablecidos por un ‘sistema de Información y Comunicación’ manso y amaestrado.

Una vuelta bien atrás de los conceptos de soberanía popular o dieciochescos derechos de la *ciudadanía política* a favor de una despótica cognición fundada en la moda, esto es, en la moral media, de una psicología post-conductista, propia del funcionalismo empírico positivista de tradición anglo-norteamericana, o haciendo windsurf entre la psicología cognitivista, el biologismo, la programación neurolingüística (PNL) y/o la novedosamente popular neurociencia, amén de la extensa tradición sociológica, psicosocial, comunicacional, asociada relacionadas con las ‘teorías de las audiencias’ del universo estadounidense, de incidencia con *la recepción* y asociable a la *visión* empresarial y el marketing, coligadas a los *massmedia reaserch* en las CHyS: el Paradigma de Lasswell, Raymond Nixon, la ‘teoría de los efectos en las audiencias’, Mass Communication Reaserch, los sociólogos especializados: Robert K. Merton, Paul Lassarsfeld, Carl Hovland con la ‘teoría de la omnipotencia de los medios’ o ‘teoría de la aguja hipodérmica’, la ‘teoría de los usos y gratificaciones’ de Denis McQuail, la Agenda Setting. Una ‘lectura’ *funcional* e integrativa que coopta y captura a los individuos dentro de esta *praxis* vertical empobrecida, cuya filosofía acrítica y prosaica, “políticamente correcta”, cumpla el adocenar a la próxima vulgaridad de un *sistema de sociedad* incommovible, redundante, que favorece la primacía de *la razón instrumental*, el *pragmatismo utilitario*, la aceptación resignada de toda esta gris *opacidad*: esto es, la violenta *ausencia de transparencia* en *la vida social*, de *libre expresión* en esa infinita *lucha del hombre* contra sus miedos, fantasmas y pánico estructurales de una ‘era de las desigualdades’ que excita un mar de incertidumbres tal cual genera el *mundo de hoy*.

Ese *mundo de hoy* pleno de ansiedades, de consumidores consumidos, adocenados, de tan estudiada sofisticación chabacana y vulgaridad “esnob”, a uno le arrastra hacia una vida de autómatas, mecanizada, en la cual sólo se procura realizar una pasiva estrategia

por la cual se procura evitar el dolor y los sufrimientos que induce un *mundo* efímero, desamorado, pasotista, sensual, pleno de premuras y presiones, stress, apremios, angustias, intranquilidades, congojas, desazones, pánico, miedos, terror, indiferencia.

Es la sordidez de la precariedad, de la evidencia de su *vulnerabilidad*, de la cerrazón de toda expectativa, de la siniestra inviabilidad de un *mundo sin futuro*, hermético, con la abierta dominación de *la mentira* sustentada en la propia *complicidad* y de *relaciones sociales imaginarias* que habrán de arrastrar de manera inexorable al grueso de los ‘sujetos’ hacia la depresión, la indefensión, el desequilibrio neurótico y la autodestrucción. Inestabilidad laboral, verdadera ausencia de *futuro* cierto, pérdida de toda *soberanía* cierta bajo los patrones obligados de sometimiento de la ‘sociedad de control’ sobre su propio espacio y tiempo, *la sociedad del precariado* (Guy Standing).

Paradójicamente esta discusión no resulta ser la primera vez que se produce. En el pasado, más o menos mediato, fines de los años ’60, principios de los ’70, dentro de otro contexto producto de incisivos años de ascenso prerrevolucionario en Occidente, bajo el tejido argumental de un verdadero *auge de masas*, asistido por el marxismo occidental, el estructuralismo y demás, también se habrá de originar una polémica con quienes, de manera voluntarista, veían, bajo aquellas ‘condiciones históricas y culturales’, la inminencia del *derrumbe del sistema capitalista*. En el pasado, la ‘teoría de la manipulación’ o ‘comunicación para la liberación’, de un Armand Mattelart & Ariel Dorfman, con su afamado texto: “Para leer al Pato Donald”, formaban parte de esta corriente espontaneísta y mecanicista que confundía verdaderamente de manera ‘subjetiva’ deseos con realidades, sin registrar un conjunto de múltiples restricciones.

‘Leían’ la perentoriedad del derrumbe integral del *sistema capitalista*, confundiendo sus síntomas de pesadez en los *procesos de acumulación*, las penurias de *legitimidad* y la decadencia de sus *consensos*, de modo que estos síntomas estratégicos fueran parte de su vulnerabilidad, coexistiendo y especulando con su inaplazable desmoronamiento.

Hoy, la ausencia de pluralidad en la novedosamente compleja representación política y social y el carácter monocolor de los mensajes en serie genera que se haya abierto otro nuevo y dramático *período de desigualación y desdemocratización*, cuando la lograda ‘sobreinformación’ transita a ser ‘desinformante’, al sobreactuar incidiendo de manera decisiva en la fijación de criterios, convicciones, con conclusiones vulgarizantes. Se genera una suerte de *estructura normativa propia* que sentencia, confiada, abusiva, que juzga alienadamente todo lo que se le presenta por delante. Aun cuando vaya contra sus intereses o de la propia experiencia de sus víctimas, ya no confían en sí, estableciéndose un ajeno *sentido común* absoluto, egotista, epicúreo, seductor, que disciplina, inhabilita, invalida, ordena, retrocediendo el carácter social de *la memoria colectiva* en alterados y atomizados *recuerdos* parciales, *psicológicos*, fragmentarios, prontos a ser instigados para tal o cual fin. De allí lo efímero y relativo de las ‘verdades’. ‘Verdades’ que, en el pasado, aquellas que fueran objeto de sacralizada disputa: guerras civiles, locales, nacionales, regionales, mundiales, étnicas, razas, confesionales y religiosas, la *memoria* ya *no* se desvela por ninguna puja trascendente por una ‘verdad’ que asiente un *Orden*. Todo ello se ha perdido, resultan inesenciales: ya no hay saberes ni razones unívocas.

De allí que, procurando comprender esta embarazosa serie de nuevos fenómenos, el estudioso luche en desventaja, porque *lo mediático* y *lo tecnológico* se encuentran

fetichizados de extraordinaria manera, y se defienden cual fieras. Y de ese altercado confrontativo entre *el poder* y la sociología crítica habrá de surgir el concepto de ‘posverdad’. De eso por el cual se realizan tantos abusos desde los *factores fácticos del poder* para propio beneficio. La *sobreinformación desinformante* genera más *efectos de ‘sentido’* que *sentidos* concluyentes, directos, tangibles. O lo logra cuando los propios *registros* de la *consciencia* se encuentren suficientemente lubricados para ser nutridos por *mecanismos de rutinización* que les hagan sentir *fuertes* al asirse de manera plena en sus *efectos de distracción y de demostración*. Al lograr sus *objetivos de insolvencia*, imposibilidades de *registro*, al inhabilitar sanas ‘condiciones’ y no poseer ‘gramáticas de reconocimiento’, se logran neutralizar aquellos productos no deseados que generan sensaciones de extrañeza y/o parálisis, logrando forjar, por tales mecanismos que ya se habrán de encontrar ‘naturalizados’, para las grandes mayorías, la instrumentación inadvertida que produce en sus víctimas, arrastrándolas hacia una ineludible sumisión.

La ‘posverdad’ es una construcción de ‘sentido’ que poco tiene que ver con la ‘verdad’, pero que posee terminantes *efectos de verdad*. Tanto es así que, a lo largo de la historia, para utilizar un gráfico ejemplo del colega Patricio Brodsky, para el pueblo judío decir judaísmo era hablar de subalternidad. La ancestral tradición histórica del judaísmo progresista y revolucionario, sobre todo a partir del siglo XIX, alteró radicalmente aquel primigenio ‘sentido’. La *práctica* la habría de avalar. Desde hace medio siglo, con la paulatina derechización del movimiento sionista y el encumbrarse en otra *hegemonía comunitaria* luego de la Guerra de los Siete Días, pasó a ser un componente esencial del proceso descrito con *la nueva hegemonía político-económica neoliberal mundial*. El correlato al interior de las colectividades judías era la construcción de un relato que procuraba erigirse en discurso único. A partir de ahí, todo discurso subalterno, crítico de las hegemonías del mundo de hoy dominantes, se resignifica en un discurso de “auto-odio” que taponar al círculo retórico de ‘posverdad’: mentira y prejuicio cual ‘verdad’.

Esta noción de ‘posverdad’ está asociada a la primacía de una inducida ‘situación’ de *fragmentación atomizante de la vida social*, propia de *el mundo de hoy*. Esencialmente ella beneficia en grado sumo a los procesos de retracción, individualismo y disolución de los esfuerzos colectivos desalentados en su consolidación por parte de *el poder*. No casualmente se ha licuado al concepto democrático revolucionario de ‘fraternidad’, hoy irreconocible y prácticamente disuelto para vastos sectores juveniles. Pero, para quienes aspiren a realizar alguna aproximación científica, con lo dificultoso que ello implica para las CHyS, jamás se debe renunciar al concepto de ‘verdad’, así como de realizar una aproximación equilibrada de su alcance, respecto del de *veracidad y verosimilitud*, para jamás confundirlos. Cosa que implique acercarse al máximo posible de la “verdad científica”, en donde la ‘posverdad’ potencia cierto nihilismo que aporta hacia ese tipo de disgregación propia del ‘saber relativo’. Para los sociólogos críticos, orientados por los conceptos de la Sociología Reflexiva de Alvin Gouldner, como se ha dicho, se debe discriminar entre *conocimiento como consciencia* respecto del *conocimiento como información*, entendiendo que a éste se lo impone a manera de ‘conocimiento’ aséptico, descomprometido, “objetivo”. Aquí sólo se promueve la ‘verdad’ nutrida de sustento epistemológico, no sólo metodológico, esto es superar a esa larga serie de fórmulas y procedimientos, empiristas, falsacionarios. Se procura descubrir con compromiso a la ‘verdad’ relativa, con todo lo complicado que tiene un concepto que se critica por su asociación con el *relativismo cultural y moral posmoderno*, a una ‘verdad’ posible, concerniente y condicionada por la *honestidad intelectual e ideológica* de la que se

pueda disponer. Aquella que logra ubicarse dentro de las adecuadas dimensiones de una ‘verdad’ ubicada de forma pertinente y certera dentro de las dimensiones del tiempo y el espacio, involucrando todas sus restricciones políticas, ideológicas y culturales. Esa ‘verdad’ *posible*, ha de ostentar determinada vigencia hasta que logre ser superada por otro ‘saber’ superior, que potencie aún más su rigor científico. El afamado “texto en contexto” del análisis del discurso, se refrenda con una sociología crítica con su contundente “texto y contesto”, comprometida en descubrir la efectiva ‘verdad’ *real*.

Los sorprendentes escenarios montados con las *fakenews*, *lawfare*, *judge & forum shoppings*, todos componentes asociados a la triquiñuela ‘política’, pero mucho más grave, a la ‘posverdad’. Ello les ha permitido consolidar nuevas ‘lógicas’ alejadas de toda seriedad, que “no se entienden”, y/o que, para los sectores más severos y rigurosos, se presenten poco serias y, menos, razonables ni sensatas; pero que, en *la práctica*, resignadamente se aceptan, haciendo cada uno como si supiera de qué se trata, simulando manejarse adecuadamente dentro de una *realidad social* fluida y severamente *opaca*. Así, al decirse comprender, compartir, al tener que convivir con todo ese *mundo* desbordante de cinismo, hipocresía y fayutez, ya no se procura algún grado de ‘racionalidad’, sino el provecho propio de la conveniencia por la cual se procura obtener algún ‘beneficio’. Se genera así un fatuo clima de complicidad entre iniciados, aún para aquellos que no comparten a fondo tales ‘fundamentos’ ni principios. Algo parecido al ancestral dicho: “entre gauchos no nos vamos a pisar el poncho”, que irreversiblemente lleva a una coparticipación bajo tal trama una acrítica reproducción cotidiana de un “hoy por mí, mañana por ti”, que genera una suma de especulativas connivencias no siempre plenamente conscientes, pero que llevan al arrastre y consolidación de un determinado clima, ya no de conciliación ni connivencia, sino efectiva confabulación.

No resulta ser éste un *mundo* de principios y convicciones, las más de ellas invocadas pero pasadas por alto, sino más bien un mundo de conveniencias y beneficios mutuos. Este tipo de ‘Comunicación’ que manipula la ‘Información’, centrada en *simulacros*, expone los señalados ‘fundamentos’ de *la razón instrumental*, pragmática, utilitaria. Posee débil *sustento ético/político*. Mas al saberse exitosa, bajo livianos ‘fundamentos’, prima al interior de este *mundo* de *conveniencias* y no de *principios*, todo este *mundo utilitario* que al precipitarse en la irreflexión y la urgencia, se lo actúa cual “pez en el agua”, con complicidades que arrastran a algo muy parecido a un *complot* en donde, con tales *praxis* utilitarias, se derriban pudores y el *discurso neoliberal* genera una *realidad estereotipada*, de *dudosos verosímiles* que, en definitiva, *nadie cuestiona* y que, *bajo las imposturas mundanas*, *vaciado de ‘fundamentos’ ni principios*, *brinda dividendos si se aspira al éxito fácil* y nadie se atreve ser ese niño inocente, con el danés Hans Christian Andersen, que se brinde la licencia de poder señalarles que: *el príncipe está desnudo*.

Como con “la corrupción”: el peligroso es aquel “que no entra”, ya que al estar todos implicados, “enganchados” en el barro, se garantiza la lealtad e impunidad que se exige.

Tal performance de ser *exitoso* no hace más que enaltecer este pastiche adornado por edulcorados e investidos elogios, que se presenta pleno de conceptos supuestamente afincados, fundados a modo de pensamientos sabios, prácticos y eficaces. Este a, b, c, de esta concertada *cotidianeidad masivamente aceptada*, repercute en *la constitución de una vida social muy elemental*, encaminada hacia intereses particulares que se plasman bajo el modelo ideal del ‘negocio’, en su acepción de ‘obtener beneficios’, en su

capacidad de establecer ‘condiciones’ para establecer una *sociedad silenciosa* y cómplice, orientada hacia el consumo supuestamente sofisticado y particular. Consumo en su significado de personal, que encubre innata vulgaridad, y lo más elemental: llena una vida vaciada signada por un principio de placer opinable, que fatalmente acarrea y arrastra al desajuste neurótico. Al provocarse tamaña complicidad de correspondencia, la gente sería y precavida, pero que tampoco se implica mucho en una lucha por derrumbar tal simulacro *neoliberal*, no hace más que potenciar estos supuestos prácticos que se retroalimentan nutriendo magnética y sostenida efectividad a través de una teoría ramplona, soez y mecanicista, cual expiara el historiador Perry Anderson. *Factor constituyente* que *legítima* todo este equívoco vasto campo de un *Orden Social* opinable, cual, si fuera auténtico, normalizado, sin una ‘racionalidad’ tan impugnable.

Así resulta *la realidad social* con la que se *convive*: un pastiche en un doble ‘sentido’. Por un lado, se le instituye ‘racionalidad’ a una *realidad* cuya mescolanza se vende transformada en sofisticación, para nada diversificada, para nada compleja ni genuina. No haciendo más que ocultar, evitando que cobren visibilidad sus mezquinos intereses subalternos. Sólo la perspicacia individual del iniciado, o la del estudioso leído, ha de “sacar provecho”. Mejor dicho, habrá que ser capaz de extraer conclusiones fundadas en una materia que se presenta confusa, inasible, o que se la evalúa juzgando sus síntomas más externos antes que por un conocimiento acabado seriamente instituido. Pero, por la otra, también resulta ser una adulteración de sus ‘componentes’ *reales*, un remedo simulador en la idea del farsante que encubre selectivamente determinados elementos característicos de, por ejemplo, la obra de un artista, o de varios, que caprichosamente combinan de manera efectista, generando impactos con la idea de lograr satisfacer una actitud frívola o pírrica ventaja. Combinando formas de manera inicua, procurando con ello simular una creación original, ‘condición’ que les brinda el presuntuoso halo de ser genuina, logrando generar ese *efecto* de brindar una utilidad única, no resultando otra cosa más que un simulacro. Un mero ‘negocio’. Un verdadero “como sí”, tal si fuera original, fidedigno, sincero, procurando desidentificar su ‘innatural’ trivialidad y poco refinamiento, el producto de un acto de especulación y usufructo de múltiple mediación respecto de un *real* inasible. De allí que sus figuras más exitosas nunca superen cierta rusticidad, tosquedad y grosería, propia de sus acciones de un falso refinamiento que encubre su estructural vulgaridad, de ser ellas algo falsificado, corrompido, falseado, ligado al *usufructo económico/ corporativo*, a los alcances menores de una simplificada *acción social* que, pese al fatuo dique de estar a la moda, ser iniciado, o formar parte de la *crème* de los sectores más calificados, sean poco valorados por quienes realmente saben. Nunca mejor pensado el denuesto frankfurtiano de su precursora categoría de: *racionalidad instrumental*, el colmo de ese codicioso pragmatismo devastador que, con su utilitarismo, siempre habrá de obtener beneficios secundarios logrando ventajas de su halo ganador, triunfador, vencedor, decisorio y victorioso del *winner*. Ese *consabido ganador* del universo simbólico angloamericano, que se ha implantado irrefrenable en la cúspide cual ‘verdad’ revelada, instrumento indispensable del *saber vivir* dentro de las nuevas complejidades de *la vida en sociedad*. La joven predilección *millennial*, o de la denominada *generación Z*, por las Mac o Burger King, ya no del populoso *choripán*, naturalmente visto “grasa”, sino asado o bife de chorizo, resultan ser fragmentos de la gráfica *transculturación* indisociable a la *construcción hegemónica* que forja *el poder*.

Esta ‘naturalización’ ficcional, colmada de esnobismos, falsamente *cool*, figurativa, presumida, dandy, afectada, ostentosa, sin embargo, ha sabido conquistarse un *lugar de*

privilegio a modo de *eje vertebrador*. Aunque parezca mentira, se ha sabido granjear de un áurea de exaltación, de saber indispensable, cuya legitimación se blanquea con su reiterada repetición y constante asunción, en la *cotidianidad*, garante del pleno *éxito*.

‘Situación’ que también implica ser *garante de prestigio*, el producto de una reconocida parte del *know-how* del *éxito*, cuyo crecimiento sin discreciones se reproduce sin más dentro de la aceptación colectiva de su victoria y plena vigencia de sus reglas de juego.

Construcciones imaginarias, fatuas *ilusiones*, que se constituyen al ser parte de cierto éxito material, el producto de un andar triunfante del panegírico del autointerés y del *mercado libre y global de Capitales*, pero también, y no se deja de acentuar, porque arrastran resignadamente a la *pasiva aceptación*, consintiendo que se forma parte, de manera apática sino abúlica, a una sometida y acrítica primacía de *valores* que brinda la *aprobación al mundo de hoy*. *Mundo de hoy* que consiente al crecimiento asimétrico y desproporcionado entre estratos sociales, y todo aquello de lo que se renegaba en el pasado, y que ha de ser tomado de un modo ‘natural’, con poco probables posibilidades de revertir por el cuestionamiento de ‘lógica’ alguna. Porque *el sistema social* novedosamente impulsado tampoco brinda “igualdad de oportunidades” en el sentido que sus propagandistas publicitan. Hace recordar al concepto del “desarrollo desigual y combinado de las culturas”, ahora acicateado desde *el poder de los poderosos*, iniciado desde las sombras. Operatoria que es *un producto social*, el *resultado de relaciones sociales*, de un “como sí” que se ha impuesto aceptando una mayor *polarización del poder asimétrico de imposición entre las clases* en una *misma unidad territorial* y en el *grueso del mundo*, con todas estas anomalías impensadas/ bles hasta poco tiempo atrás. Un *proceso de desigualación inquebrantable*, para no hablar de trumposas *imposiciones unilaterales* que en las relaciones exteriores marcan las *fakenews* de la “pax americana”.

Los mismos recursos de descalificación que despliega este *neoliberalismo* posfascista de la Roma Americana: invocando principios generales plenos de “lugares comunes”, y que no comprometan mucho, de esos a los que nadie puede dejar de compartir, negación de *la realidad* tal como se presenta, asociable a sus fracasos, cronificación de los viejos recursos por los que siempre se ha de “culpar” *al otro* de sus propios fallos, recurrir de manera constante a la descalificación de la “pesada herencia” recibida, asociable a una audaz represión cual “chivo expiatorio” de *ese otro* y, con ello, una inusual *violencia simbólica* de descalificación de enemigos y adversarios. Esto resulta patente tanto en los EE. UU., la Europa Central xenófoba y filofascista, del presidente Bolsonaro a la Argentina, Chile, en todos los lugares similares recursos y análogo *modus operandi*.

Todo sustentado dentro de una *retórica* vana, codiciosa, exitista, plena de argucias, “lugares comunes”, estereotipos y triquiñuelas que envilecen aún más su ‘sentido’ que, lejos de irritar por su desparpajo, lleva, a veces, a la arriba señalada complicidad y acompañamiento, otras, a reacciones violentas que denuncian sin “pelos en la lengua” los *procesos reales*. Lo interesante es que al modesto entender de este escriba no se tiene mucho para prometer. No existe *un modelo de sociedad sustentable en valores compartibles y plenos de comprensión para su significación con el modelo económico/ social dominante*. Ni demócratas ni republicanos en los EE. UU., los mismos partidos tradicionales de Europa occidental, como tampoco las derechas ni centros hemisféricos tienen mucho para “prometer”, porque todos *saben* que, bajo el actual ‘cuadro de

situación' internacional, muy pocas cosas se pueden cambiar. Toda esta suma *retórica*, de imposturas y grave *crisis de representación social y política* viene a expresar la fragilidad de todos los proyectos. Nadie puede cumplir bajo este sistema promesas ni logra descomprimir tensiones, no existiendo en tal mundo de referencia posibilidades *de cambio*. El *neoliberalismo* sólo realiza un 'pase de magia' que desnuda su imposibilidad de plasmar *una construcción hegemónica* estable y duradera, ya que *no* resulta ser *una genuina elaboración* que permita establecer una *construcción orgánica*, de raigambre cual *bloque histórico*. No existe una auténtica *dirección intelectual y moral* ampliada que nutra con su savia sólidos consensos para una mayoría social. Sólo existe una serie de promesas huecas y pueriles proposiciones de efímera vigencia. Los chalecos amarillos franceses a lo largo de toda su geografía territorial, no sólo la parisina revuelta cual el mayo francés de 1968, vinieron a dar cuenta que, aún en los países metropolitanos: "una chispa puede incendiar la pradera", ya que lo que emerge es un novedoso *actor social* no previsto, impensado, que no estaba en ninguna conjetura, ni era sospechable tal reacción ni de su existencia. Nutrido de anónimos sectores de la clase media baja, ella no era de una existencia registrable, ni con una identidad de conformarse cual *sujeto histórico*, pero sí la emergencia de lo dicho en un inicio: los hijos del Estado Social, los herederos de Welfare State, que estaban allí sin brindar señales ni respuestas, se cansaron de perder derechos y de ver aniquiladas obligaciones.

Es una conformación social novedosa no ligada ni a partidos, sindicatos ni movimientos sociales previos. Y, sin pedir permiso, con inusual violencia, se lanzaron a la calle a protestar. Cual fueron los *occupas* de Wall Street, o los *indignados* del 15-M en Madrid, España. Reaccionaron hartos de acomodar sus perspectivas de vida repudiando el "ajuste permanente" del *neoliberalismo* que, en su voracidad sin límites, recurre a la señalada transferencia inédita de recursos y a un goteo constante *del Trabajo al Capital*.

En esencia, representa la promoción de una *emergencia (im)prevista*, acotada a regiones y países que, a veces, pudieran venir de un largo retraso en materia de legislación laboral, previsional, calidad de vida, consumo. Otras, por las *leyes de hierro del capitalismo*, propias de su inexorable proceso de *centralización y concentración* donde "el pez grande se come al chico". Mas, contradictoriamente, también del aumento firme, inquebrantable e invariable de *la pobreza*, sometida a un sistema de cronificación por estrato de sectores societales concebidos para su endémica y cotidiana *exclusión social*.

Todo ello con un 'componente' hasta hace poco desconocido: la *ausencia de vocación de lucha* de muchas de sus víctimas. La resignación y falta de convicción ha sido una de las conquistas del *poder real* a través del constante "batateo" que aturde a través de *las guerras de quinta generación*: que hace a las 'acciones de inteligencia' tendientes al dominio por la "conquista de las mentes". Así como las de *cuarta generación* procuraban alterar movimientos colectivos e identidades sociales, ahora se procura el logro de un *sistema de sociedad excluyente* que, a renglón seguido, se profundizará en tanto *dispositivo comunicacional negativo* que habrá de institucionalizar un *modo de conocer* con la administración inacabada de la señalada 'posverdad' a través de la *mediatización de la realidad*, por parte de un 'sistema de Información y Comunicación'

que ocupa un lugar central, elaborando un *falsificado catch-all* de *régimen hegemónico*.

Imposible de ser pensado décadas atrás, sólo tuvo una reacción política a escala global, a inicios del siglo XXI, en un disímil *colectivo suramericano*, encarar, un “de izquierda”, otras de centro/ izquierda, nacional/ populares, al decir de Emir Sader: posneoliberales, que sólo poseían un igual común denominador: haber sido afectadas y padecido al *recetario neoliberal* de la denominada “década perdida” de los años ’80, o ser los hijos de los ’90 *neoliberales*, la de los ensayos del “Consenso de Washington”.

Todas las fundamentales conquistas que aquel pasado redentor que el *Estado Social* de posguerra dispensara, en *el hoy*, frente a tamaña ofensiva del *Capital*, no representa otra cosa que una tendencia radical de la *transferencia de recursos del Trabajo al Capital*. Todas aquellas conquistas van siendo recortadas, unas, paso a paso, otras, abruptas. Hasta el sistema jubilatorio forma parte del *mercado de capitales*. También la educación y la salud no son derechos inalienables de la *condición humana*, sino bienes transables cual *mercancías sin fronteras* ni pisos mínimos responsables que desabrigan a la inmensa mayoría de los sectores sociales vulnerables. Una lucha contra todos los logros, derechos y conquistas que, por siglos, consiguieron las clases trabajadoras.

Luego de la *primera crisis del petróleo* (1973/ 75), la *segunda* será cuando en Irán cae el Sha de Persia (1979), produciéndose un derrumbe no previsto: la *paridad cambiaria* entre *el dólar y el oro*. El Tesoro de la Reserva Federal norteamericana le brindaba respaldo a tal *paridad cambiaria* hasta que la señalada *crisis* marcará la extinción de la “espontánea” *flotación de las tasas de cambio*. Con ello desaparecían los *acuerdos de posguerra* que *las potencias occidentales* le brindaran “en garantía” a los EE. UU., con el señalado “Acuerdo de Bretton Woods (1944), por el cual el naciente *Welfare State* no habría de ser una aventura “socialista” a la *soviética*, sino a manos de fuerzas europeas afines. Por el contrario, resultaría una caución de alineamiento y subordinación a los EE. UU., que ya poseían el control del 70% del mercado financiero mundial, al *mediar al dólar como garante del monopolio en las transacciones comerciales internacionales*.

Las modificaciones de estos compromisos minaron las posibilidades de estabilidad que exigía el *capitalismo de organización* para sostener su carácter social. Y lo que hasta no hace mucho se entendiera que existían: las *crisis cíclicas del capitalismo*, ellas pasaron a ser un ‘componente’ estructural: un fenómeno sistémico y persistente que, con el paso del tiempo, se descubrió que implicaba ser un instrumento para involucrar al conjunto del sistema internacional sin perder sus ventajas de poderes centrales. Sus primitivos síntomas cobraron evidencia a mitad de los años ’60, pero se habrían de consumir en toda su extensión con la primera gran crisis de la banca financiera yanki: Lehman Brothers Bank, febrero del 2007, que se extiende hasta que, en septiembre del 2008, colapsa el *mercado de las hipotecas subprimes* (“truchas”), estallando con letanía y en plenitud en el resto del orbe. Más tarde lo padecerá con intensidad la UE, al transferirse la *crisis financiera* a Europa, cuando los mercados bursátiles ya crujían, así, como en 1989, se derrumbaron la bolsa del Japón, y otras crisis: México (“efecto tequila”), el Brasil, Rusia, Turquía, hasta que (diciembre del 2001), en Argentina, no hubo salvataje alguno del Fondo Monetario Internacional (FMI), del que sí le brindara a otras *crisis*.

Los países centrales y sus *poderes concentrados* aprendieron a manejarse dentro de una *serie de mecanismos anticíclicos* y lograr *transferir sus crisis* hacia *las economías más vulnerables*, recordemos el rechazo, en la Mar del Plata del 2005, al plan del ALCA. *Mecanismos anticíclicos* basados en la imposición del incremento de los gastos en

armamentos, inmediata movilidad de los Capitales encerrados dentro de un mismo ciclo, muchas veces hasta en un mismo día -ya que nacen en el extremo Oriente (Tokyo, Seúl, Shanghai, Hong Kong) y finalizan al anochecer en el Oeste del continente norteamericano-: *la instrumentación permanente de situaciones bélicas en conflictos de baja intensidad*, el *endeudamiento familiar* transformado en *endeudamiento pasivo permanente* y, años después, como descubriera T. Piketty en “El capital en el siglo XXI”, la segmentación al interior de sus sociedades con el *retraso y caída del poder adquisitivo real de jornales y remuneraciones de los sectores asalariados y del Trabajo*.

Conviene hacer un alto, para contextualizar la denominada ‘teoría de la modernización’ de Walt Whitman Rostow, quien ha de fundamentar al desarrollo capitalista en tanto un *ciclo económico*, un *proceso* que -por analogía- está asociada al continuo folk/ urbano de Robert Redfield, extrapolando al *sistema social capitalista* que lo ha de impulsar en cuanto mejora y obtención de beneficios en el tránsito de una *sociedad tradicional a otra modernizada: sociedad de masas*, y en la periferia, los *países en vías de desarrollo*, para alcanzar niveles de industrialización y prosperidad económica, deben realizar una serie de *cambios* en sus *valores y estructura social*. Su modelo ha de ser un tipo de *modernización* siguiendo los pasos producidos al *copiar el modelo* de los países centrales del Norte, un *modelo eurocéntrico*, bien alejado de la *realidad* hemisférica.

‘La modernización’ ha de ser la adquisición de consumos sofisticados y urbanización, en definitiva, en el par polar de la tradición sociológica de *comunidad y sociedad* (Ferdinand Tönnies). Esta idea nace hacia fines de los ‘50/ principios de los ‘60, y ha de ser la base para la “Alianza para el Progreso”, ideada por John Fitzgerald Kennedy para sacar del ostracismo a la América Latina rural tradicional, aventando la influencia de la revolución cubana, una confrontación al interior de una *disputa ideológica* propia de la *guerra fría* que se librara entre el *capitalismo occidental* y el *comunismo*. La idea del *desarrollo económico* estará asociada a esta *teoría de la modernización* exigiendo períodos de crecimiento estimulado, donde se implemente el papel promotor *del Estado y la política*. Para esa época, de manera conjunta con la auspiciada ‘modernización’ habrán de asomar las ‘teorías del desarrollo’ o *desarrollismo*, a partir de los estudios del secretario de la CEPAL, Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina y el Caribe, con su director, Raúl Prébisch, que habrán de impactar de manera fuerte en los gobiernos de Kubitschek, Quadros y Goulart en el Brasil, y de Frondizi, Frigerio y Ferrer en la Argentina. Esta teoría sostenía que la *modernización* surgiría del *desarrollo*: un *proceso sistemático*, escalonado, de transformación creciente, que habría de superar las *formaciones tradicionales* basadas en el agro, las exportaciones primarias y que habrá de utilizar al *progreso científico y tecnológico* para acortar la *brecha existente* entre los países desarrollados a partir de valores culturales, socialización de los principios de *libertad, igualdad y justicia para todos*, centrados en la *industrialización*.

La respuesta, y se solicita especial atención, se la dará la denominada ‘teoría de la dependencia’, primera corriente teórica que, de manera metódica, ha de marchar hacia la metrópoli desde los países periféricos de Latinoamérica. En respuesta al entusiasmo que provocara el desarrollismo, le colocará “paños fríos” a tal frenesí, sistematizando las dificultades que los componentes político/ ideológicos de las fuerzas tradicionales, de sus FF. AA., del peso de los viejos terratenientes y oligarquías ancestrales, todavía el estancamiento socioeconómico propio del hemisferio -relevado no sólo geográfica sino materialmente en la reubicación de su dualidad centro/ periferia-, amén de tiempos

diferenciales y posiciones físicas relativas restringirán la propia inserción de los *países periféricos y dependientes en la economía mundial y división internacional del trabajo*.

Lo que fuera un *modelo de progreso sistemático* en teoría, poseía rezagos estructurales insalvables, por los cuales este diferenciado diseño de *las desigualdades* resultarán ser una restricción insuperable para los *países no desarrollados*, donde *el componente periférico de la producción y su cronicidad en la dependencia y débil inserción en el mercado internacional de materias primas y con bajo valor agregado*, resultará ser un *obstáculo infranqueable*. Los *centros decisorios* en los *países centrales* se reservan las *definiciones estratégicas nucleares* para lograr de manera inexorable sus mayores beneficios. Las *naciones periféricas* brindan *recursos naturales, mano de obra barata*, amén de los límites de una *tecnología vetusta*, resultando ser un *problema irresoluble*. Una polémica planteada a mitad del siglo XX. La ‘teoría de la dependencia’ desnudó la cronicidad de estas asimetrías insalvables, por las cuales las *naciones centrales* habrán de eternizar su *posición relativa favorable*, sosteniendo *estándares de calidad de vida diferenciales* que resultarán eternamente incuestionables. Y no es sólo un problema economicista. Se lo ha de verificar en la *cronicidad de su atraso* en materia político/institucional, mediática, deportiva, cultural, en todos los aspectos de su *subdesarrollo humano*. Esta *asimetría* insalvable, verificada para todo el período de posguerra, debe ser muy tenida en cuenta para el actual momento por el cual se brinda tamaña exaltación *al modelo neoliberal*. Porque, para el último cuarto del siglo pasado y lo que va del actual, se produce un verdadero *cambio de paradigma tecnológico* que, sustentado en una RCyT que le ha brindado soporte, origina ese incógnito fenómeno denominado *la globalización*. Útil para entender estas diferencias, la ‘teoría de la dependencia’ previno adelantándonos el fracaso desarrollista. No se ha generado entonces, ni se habrá de generar ahora, ningún pensamiento mágico ni inespecífica teoría abstracta que nos brinde el tributo de superar su *a-historicidad*. El *mundo*, en términos relativos, se ha *modernizado*, mas para nada lo ha hecho en su estructura para este subcontinente. La supuesta integración teórica a una *vida real y plena del capitalismo a nivel mundial*, superior a experiencias pasadas y de posguerra, lo logra la realidad de Oriente, pero nuevamente fracasa en nuestro hemisferio: Norte, Centro y Suramérica. La RCyT fortaleció la noción de: *unificación del mercado mundial de producción y consumo en los países de altísima densidad poblacional*, tal como sucediera con China y la India, que pasaron de una participación del 8,3% para 1970, al 19% en el PBI mundial, integrándose de manera plena y exitosa al proceso de *mundialización*. Fueron países que se sumaron sin compromisos ni vulnerabilidades políticas de manera competitiva con las economías occidentales, mientras que los países del área soviética lo hicieron bajo los estándares de la UE, asimilándose de manera gradual, acrítica, incondicionada, con restricciones y dificultades de competitividad, simulando ellas ser equiparables sin más aproximarse a las más *desarrolladas naciones occidentales capitalistas metropolitanas*.

Éstas han sido las formas: estudiados mecanismos por los que se ha podido sostener e imponer con todo su rigor y crudeza la *economía capitalista* sobre todas *sus áreas de influencia* y el *mundo*. Un procedimiento al que se le pueden observar limitaciones en tanto *salida integral económico/ financiera*, como se ha visto con la primera década del nuevo siglo: crisis 2007/ 2008, heredera de las ventajeras transformaciones producidas con la *crisis estructural capitalista* de la *primera crisis del petróleo* señalada al inicio (1974). Con permanentes ingredientes de distorsión en todas las esferas, hasta que, al final, estos *efectos* atenuantes, estos altibajos en los *procesos de acumulación de El*

Capital, cobran *visibilidad* generando pánico en todo el orbe, o subsumiendo, para el caso de Europa occidental, resignada *pasividad*, descreyendo en *futuros*, perdiendo privilegios, conquistas, derechos duramente adquiridos, *acontecimientos* de los cuales no han de resultar ajenos las “sorpresas” del Brexit, la elección de Donald Trump, etc.

Este escriba condena toda ‘lectura’ *a-histórica* que deseche la asimilación de conceptos clave de los últimos siglos: *modernización, modernismo, despotismo ilustrado, Ilustración, Iluminismo, Revolución Francesa, Revolución Industrial, razón*. Imposibles de soslayar, no sólo por innegable ceguera de *intereses*, sino por lo inviable que resulta dar “una vuelta para atrás la rueda de la Historia” para el recupero de cierta *centralidad*.

Su ‘lectura’ resulta ser no sólo organicista, biologicista, sino mezquina y angurriente en su anhelo de *usufructuar del poder*. Procura un cierto salto regresivo hacia el pasado, despreciando los períodos más ricos en *transformaciones progresivas de la humanidad*, las cuales no se calibran en su cabal dimensión, implicando que, estratégicamente, al igual que el mencionado Donald Trump, acometen sin escrúpulos ni contemplaciones apostando a esa vuelta regresiva de la Historia imposible de generar. Procuran *medidas proteccionistas* vía *fakenews* (*noticias falsas*) cuando las *asimetrías* se encuentran *cristalizadas*, intentando volver a la local industria automotriz y metalmecánica cuando ellas ya se encuentran *mundializadas*. O una vuelta tutelar inducida al *mercado*, con amenazas de sanciones políticas, militares, económicas, financieras, o de una contradictoria primacía sin reparos de *las relaciones mercantiles* o, su contracara, *corporativas*. No sólo es *una vuelta al siglo XIX* o, más importante conceptualmente, la idea de *un regreso a etapas superadas: las del capitalismo de libre competencia*, siniestra ‘lectura’ de la *estructura mundial de fondo*, en línea con una concepción de *lo social* darwiniana, sino peor, de un regreso a la idea de *la supervivencia del más apto* sobre la base de *la fuerza*, no muy distinta de la *idea de sobreviviente* en la ‘teoría de la selección natural’ de Charles Darwin, celebrando que esta *estructura de pensamiento* de una imposible ‘lectura’ de aplicación a *la vida humana*. Sino peor, *un retroceso siniestro*. Una *vuelta para atrás de la historia* que procura desechar de un plumazo al “Leviatán” *contractualista* de Thomas Hobbes, encubiertamente sustentando un rodeo a la vuelta al “estado de naturaleza”: que *el hombre sea lobo del hombre*. Verdaderamente *antipolítico*, que renuncia a toda noción de *progreso* y que, de manera directa, va contra *el hombre de a pie*, por fuera de una *verdad ético/ política, ideológica y filosóficamente tolerable*, donde *las masas y los pueblos* no son más que “convidados de piedra” *sin destino*, habiendo sido *copartícipes* del ciclo de logros y conquistas del *Estado Social*.

Pero, no sólo por fines inconfesables, animados por la angurria y circunstancial relación de fuerza de una dominancia, sino al alimentar subrepticamente una vuelta al *estado salvaje del hombre contra el hombre*, la schmitteana dialéctica amigo/ enemigo, donde para sostener supremacías deben recurrir de manera salvaje al ‘estado de excepción’, subsumiendo *las crisis estructurales* a sus esencias: el desaforado modo de cómo los poderosos de la tierra se han acostumbrado a obtener pingües ganancias, y nunca perder. Existe un *conglomerado transnacional globalizado* que supera con creces a muchos *Estados Naciones*, hasta no hace tanto entendidos los verdaderos *ejes centrales de la vida política y económica universal*. Eran ellos los *mecanismos de autodefensa sistémicos* propios del *régimen capitalista* de entonces. Los *resultados* de este tipo de inducidas *crisis* maximizadoras *no* resultan ser *gratuitos*, ellos poseen *víctimas*. Las

cifras que se manejan vía sus procuradores: el Banco Mundial y FMI, señalan el derrumbe de centenares de millones de personas que pasan a militar en *la pobreza extrema e indigencia*. La Argentina visible así lo atestigua de manera fehaciente, asegurando una cronicidad de descensos con caracteres expulsivos de difícil reversión.

El *capitalismo* ha estructurado un *sistema* que, sus derivaciones, ellas *no* sean de tan difícil *visibilidad* para estudiosos, académicos e iniciados. Los datos son inequívocos y están allí. Pero también ha sabido comprar empeños. Lo que ha cambiado ha sido *la voluntad de lucha o niveles de consciencia* de muchos de sus damnificados, esperando fatuamente que, en el no hacer “olas”, redunde en el beneficio de no ser *sacrificados*. Todo se ha *fragmentado*, o *resegmentado por estratos*, de manera propia a una época de fuerte *desgranamiento social* como el de *la nueva era de desigualdades* (P. Rosanvallon & J. P. Fitoussi), una manera de ver *la realidad* que sólo sea una *suma de parcelas particulares atomizadas*. Siempre se ha de poseer una *visión oficial* que se comprometa a tender un *paraguas protector* para esconder la verdadera dimensión de estas *crisis estructurales*, de ese *descenso social* con efectivas elipsis que sepan encubrir o atenuar la visibilidad de sus impactos. Y, a su vez, favorezcan una hábil desconfiguración que impida dramatizaciones, o una noción de ‘totalidad’ que permita evitar ‘ver’ acerca de *quién se beneficia y quién pierde*. Sobre todo, de aquello que seguramente ha de afectar o les descapitalice en la *imaginaria ‘lectura’ de los mercados*. Resulta interesante saber que se han ido *instrumentando mecanismos* donde los *procesos sociales*, mucho más los económico/ financieros, *nunca* se presentan *transparentes*. La misma conformación de nuestras *consciencias* ha estado influida por los *dispositivos y aparatos ideológicos de Estado* (AIE) que *interpelan a los individuos en tanto ‘sujetos’* (L. Althusser). Qué quiere decir la sociología crítica con esta categórica afirmación: que *el sistema ha ideado mecanismos ideológicos de ocultamiento dentro de los cuales se constituye: ‘la subjetividad’,* eso que nos hace *sujetos*, seres ‘racionales’, pero que, por ahora, con una inocultable insolvencia crítica cuando se penetra en ese vendaval de dudas que implica la crecientemente diversificada *mediación social*. Esto es que, entre *el sujeto y lo real*, existan innumerables *mediaciones sociales* que impiden una acabada traslúcida nitidez.

Todo ocurre de manera independiente de sus posibilidades de ‘registro’. Cosa que ha llevado a la desconfianza, sospecha, suspicacia, entredicho, aprensión, incredulidad, duda, para empujar, en última instancia, *al escepticismo y el temor, al miedo y alarma*. Una *inseguridad estructural* que la *múltiple mediación favorece*, sobre todo a partir de la creciente influencia conjunta que acarrea su creciente *mediatización*, una novedosa función por la cual los *medios de comunicación masiva* “depuran”, cual *colchón* *significante* que *retraduce*, la *construcción* de una *mallla ordenadora* que logre *atemperar su impiedad*; toda esa dura *información hostil* para que se la pueda *asimilar* sin llevar al arrastre de *la duda y/o vacilación* por el *dominio* de aquellos que, de manera administrativa, poseen la ‘sociedad de control’ (G. Delleuze). Ella somete a través de su manejo pragmático e inescrupuloso de un ‘sistema de Información y Comunicación’ sin fisuras, que procura eludir sospechas, desconfianzas, inseguridades, despreocupaciones. Son los mecanismos de lo que este escriba autor de estas líneas, denominara en su momento: *dispositivo comunicacional negativo*, *aparatos* de difusión, publicitarios, en definitiva, de propaganda, que atenúen las diferencias sistemáticas, estructurales, pero que, sobre todo, acarreen a un tipo de razonamiento favorable en línea con la matriz de tales discriminaciones, arriando *la vida en sociedad* hacia *estándares inhomologables* que ralentan toda posibilidad de reacción y adormece

percepciones. Están ahí, son las que provocaban ‘claridad’ y que, con anterioridad, sabían acarrear a *resistencias* que llevaban a la *activa movilización en defensa de derechos y conquistas*. Pero que, ahora, por complejos mecanismos logran *neutralizar el plano emocional/ afectivo* del supuesto ‘racional’ especulativo, provocando inédito *adormecimiento* o verdadera *autodestrucción*. El *dispositivo comunicacional negativo* *paraliza*, generando *miedo, ansiedad, desánimo*, impidiendo el *discernimiento*.

Estos *mecanismos de mitificación y ocultamiento*, que en el pasado fueran difíciles de develar, hoy debieran ser *objeto de estudio* de una nuclear sociología política del conocimiento, amén de los consabidos análisis del discurso, psicoanálisis, ciencias de la comunicación, y demás. Lo que antes fuera de *oscuro acceso*, hoy, está ahí, flotando, mas inasible, sin canales novedosos de ‘Comunicación’ que le iluminen para lograr ser asumidos. Está en la *toma de consciencia* sobre la adecuada ‘lectura’ de una *realidad* que no resulte inaccesible y, para quien genera estas líneas y quiénes las lean, hacerlas *transparentes* para la *asunción política* de lo que sucede en la *vida del mundo de hoy*.

Es dentro de esta puja, donde el poseer la mayor solvencia posible implica el mejor dominio informativo potencial para ir abriendo surcos con posibilidades de *diagnósticos* serios y proyectables. También debemos dar severa lucha por el *dominio* y cercanía a los *mecanismos alternativos* de llegada al “gran público”; aquellos que, de manera no prevista, se han facilitado con “las redes sociales”. Con la mayor *visibilización de las crisis* debieran hacerse más cercanas y compartibles nuestro *diálogo con las víctimas del sistema social*. Ese largo abanico de *fuerzas sociales afectadas* por esos mismos *mecanismos* que genera la propia *crisis*, facilitando un mayor número en el *intercambio de experiencias y proyecciones diagnósticas* sobre el mundo de hoy y el del porvenir.

Al hacerse *transparentes* estos estudios hasta no hace mucho *invisibles* acerca de la *sobreacumulación capitalista*, y con ello el ficcional *efecto de sobreproducción de mercancías*, esta ‘lectura’ se debiera socializar iniciando a un conjunto de sectores sociales para permitirles percibir y asumir estas *anomalías*. Desmitificar ese gran monstruo tan efectivamente verosímil que ha sabido instrumentar a través de ese concepto polifuncional y móvil de su *visión del mercado*, pero que todavía hoy no se sistematiza. Es una *realidad* para socializar que estos instrumentos académicos e intelectuales no incumbieran ser propios de los círculos privilegiados que juzgan, sino que debieran ser *trabajos de transferencia*. Lo que ha generado la RCyT es permitir cierta *transparencia*, esto es *visibilidad*, en lo que se ha denominado: *la composición orgánica del capital*. Esa síntesis, por la cual se le brinda *valor* a la *composición del capital*, esto es: esa *proporción entre el capital constante y el capital variable* y la *composición técnica del capital*, esa *proporción entre los medios de producción y la fuerza del trabajo*, en donde, ahora, por más *mistificaciones massmediáticas* que haya, de manera inexorable la *composición del capital constante* siempre *refleja las modificaciones* que trae consigo el *capital variable*. Y si bien resulta ser cierto que el *automatismo y la máquina avanzan*, ese avance no resulta ser un *progreso lineal* ni al margen de *decisiones políticas*. ¿Cómo se puede responder, u ocultar, que la producción más calificada, y aún la más sofisticada, hoy, se produzca en el extremo Oriente? Cómo, ¿no es que el proletariado universal más letrado se encuentra en Europa o los EE. UU.? Como si la RCyT no hubiera generado la posibilidad de que el mundo multiplique su *producción alimentaria*, y que sus mayores productores sean hoy los EE. UU. y Holanda. O que las dos quintas partes de la humanidad estén todavía hoy sumidas en la

inanición, la pobreza extrema crónica y/o la indigencia. O los mecanismos del propio fracaso del capitalismo local sea tan ineficiente. Tal como que un productor del Alto Valle del Río Negro, que antes nutriera al primer mundo de nuestras frutas más valoradas, como antes pudieron haber sido las carnes, no llegue a destino y se pierdan mercados, y que las sociedades políticas se muestren impotentes de incidir. O el burdo ejemplo real que, al productor de un kilogramo de peras, se las compren a 3\$, y las cadenas de los supermercados y demás formadores de precios, el chino o la verdulería, estén a no menos de 80 o 100. O la paradoja acerca de la artrosis de inviabilidad del capitalismo local lleve a la incongruencia por la cual el mercado inmobiliario exige alquileres que el locatario no logra pagar, pero que tampoco para el propietario del inmueble le resultan rentables recibiendo menos renta que un plazo fijo bancario. O que la extracción de dinero líquido sea gratuita en la boca de un cajero automático, y que al cliente se le cobre como si no fuera usuario entre 60 y 150 pesos si se busca la atención de una caja dentro de un banco, en donde se logre encontrar al cajero bancario humano.

Son los niveles de *visibilidad* por los cuales se ha hecho *inteligible la composición orgánica del capital* que cambia tanto por *variaciones en la composición técnica* como por *las variaciones en los precios de los medios de producción*, aparte de los salarios.

El desenvolvimiento y ampliación, el rumbo por el cual el colectivo capitalista decida invertir no es una cuestión técnica, sino que tiene *relación directa* con la *conflictividad social* y sus *antagonismos*. La *acumulación de capital*, su *desarrollo técnico e industrial* genera un *espontáneo proceso de aumento de la inversión en los medios de producción*, estas son: maquinarias, edificios, materias primas, materiales auxiliares, insumos, etc., con relación a la *inversión en la fuerza de trabajo*, ‘situación’ que genera un *aumento en el progreso de la composición orgánica del capital* y, por lo tanto, el *descenso de su tasa de ganancia*. Razón por la cual Marx fuera explícito con relación a la *tendencia al aumento de la composición orgánica del capital*, y sea explicable a partir de su *tendencia a la baja de la tasa de ganancia*, verdadera razón causal de las *constantes crisis del sistema capitalista*. Cuando los capitalistas locales sólo miran las cargas previsionales e impuestos por la *fuerza de trabajo*, y pongan el acento en el juzgamiento de su proporcionalidad con Chile, coloquemos 40%, o con Brasil, 30%, y esas sean las *razones* por las cuales se generan *condiciones de omisión de capitales de inversión* en la Argentina, señala una ausencia de *visión “total” del proceso capitalista*.

Retomando, con este nivel de *visibilización* de las *crisis*, se han hecho *transparentes* lo que se han denominado *procesos de sobreacumulación capitalista*. Lo que se decía más arriba: una *ficticia sobreproducción de mercancías* y de aquello que la RCyT trajera consigo: el *aumento en la composición orgánica del capital*. Así se ha ido manifestando la *inexorable tendencia* desde aquella lejana *crisis del petróleo*, que el *mundo capitalista*, aún *el de hoy*, de manera *inexorable* sus orientaciones *se acomodan* hacia las *inversiones de menor riesgo*. De manera previa a invertir o de arriesgar el asumir el acontecimiento de una inversión productiva o un compromiso, se posee una fijación escrupulosa. De esta manera priman, desde aquellos incidentes aleccionadores que cambiaron al mundo, planteados con el pretexto de la crisis producida por la OPPEP, *el capital financiero se ha ido convirtiendo en el eje nuclear del sistema*. Las *inversiones especulativas* en valores, acciones, bolsas, fideicomisos, letras fiscales, commodities, son *diez veces mayores que los de la inversión productiva neta*. Este giro ha provocado la *primacía del mundo financiero* y posee derivaciones irreversibles, traspasando la

inmensa mayoría del grueso de los potenciales capitales de reinversión del mundo, desde entonces, y lo siga siendo hasta ahora, quedando el grueso en manos del capital rentístico, especulativo y parasitario. Baste ver cómo, la Argentina, cuando la condena al gobierno anterior porque poseía bajo nivel de inversión, sus opositores que no fueron otros que el gobierno macrista, publicitaron sus objetivos de “abrirse al mundo” y que su misión habría de “transparentar y hacer tentadora a la Argentina”. O su envés, cómo prima la cantidad, imposible de ponderar, de *capitales golondrina* que fluyeron hacia el país, tentados por la Licitación de Letras del Banco Central (Lebacs), y su derivación obligada en las Lelics, cuando el estrangulamiento que produjeran las primeras obligó a transferir a los bancos la deuda producida para procurar desactivar *la bomba de tiempo* que se había activado. Para ello, se debe plantear el punto de partida del razonamiento inicial que aquí se bosqueja: la condena de la relación existente entre la *actividad real* (instancia especulativa financiera) en confrontación con su incidencia en *la vida de la economía real*. La denominada *bicicleta financiera* es un *modelo de financiarización*, que no se basa en su incidencia en la *economía real*: estructuras productivas textiles, calzado, marroquinería, industria alimenticia, construcción. El afán de atracción de metálico provocó la tentación de seducir a los capitales extranjeros que prácticamente, en la práctica, no tuvieron para nada incidencia en el aparato productivo, generando una acumulación ficticia de dólares en las arcas del Tesoro del BCRA. Para ello se crearon las Lebacs, en la idea de cautivar *Capitales*, la mayoría -más del 80%- especulativos, lo que se les ha denominado *golondrinas*: por su “toco y me voy” y que, inexorablemente, por su accionar leonino y *maximizador de beneficios*, irreversiblemente se convertirán en “fondos buitres”. Este *modelo de financiarización* habrá de transferir su solución a las únicas estructuras que les pudieran solventar tal enorme deuda establecida: la realidad bancaria con los Lelics, llevando a que toda esta movida sólo produjera aguda *recesión*, con una disminución grave en los niveles de *consumo* y, supuestos recortes ministeriales, previsionales y de salarios reales, que homologaban al pago de intereses de las *subastas financieras* del BCRA, se les premiaba cotidianamente simplemente por sostener *la paridad cambiaria* y que tal no aumento del dólar no generase inflación.

Entonces, en el objetivo de realizar una *política monetaria* que permitiera controlar esa inflación en potencia, el gobierno propuso *la desregulación financiera*, la famosa idea de una *flotación cambiaria abierta* para salir del denominado “cepo cambiario”. La idea de *dejar entrar y salir Capitales* sin filtros, para generar la supuesta *credibilidad* para la llegada de los afamados “yuyos verdes”, que no hicieron otra cosa que engendrar inédita *volatilidad*. Así las Lebacs, que se encontraban cotizadas en pesos argentinos, en su intención de cooptar *liquido* con tentadoras *tasas de interés* que, en términos reales, pagaban los intereses más altos del planeta. Y como el compromiso del BCRA era el de *no interferir en la libre flotación de la divisa*, para no incidir en el *mercado cambiario*, ello implicó que tal traslado de dólares a pesos generase una inédita emisión monetaria, cosa que de movida retroalimentaba las *altas tasas de interés* del circuito inflacionario que se procuraba eludir. Esto produjo un ingreso enorme de *Capitales* extranjeros que, en tal miopía, redundaban una ficticia *acumulación de reservas* en el Tesoro. El *Capital* quería aprovechar estas *tasas de interés* insólitas que, en los hechos, sólo lograban *congelar la economía*, y esto resultó ser tan así que se calcula que, para la Argentina, en el año 2017, entraron unos 10.000 millones de dólares que, al año siguiente (2018), en su inmensa mayoría se fugaron, huyendo ni bien intuyeran *su fin del ciclo* pero que, a su vez, también generaron una enorme *deuda de emisión* por la *deuda* contraída por el BCRA al cambiar dólares a pesos que se emitían para dar satisfacción a esas *deudas*.

Dólares por pesos y como toda emisión siempre resulta *inflacionaria*, terminaron emitiendo *deuda*, las famosas *letras* del BCRA (las anteriores Lebacs dólares, actualmente las Lelics, en pesos y para los bancos). Un *stock de letras* que alcanzaron al billón de pesos, y que por esas *letras* se pagaron intereses en tres años de no menos de 650.000 millones de pesos. Vale decir que *la desregulación del mercado cambiario* sólo provocó desequilibrio, recesión, con un retroceso cambiario sin techo, una inflación cercana al 50% anual, cosa que ha provocado fenómenos insólitos, como que, en una semana de corrida cambiaria, existiera una devaluación de entre los 12 y 14.000 millones de dólares. Para tener un patrón de medida, todas las reconversiones realizadas por la Rusia de Vladimir Putin para la remodelación de estadios e infraestructura para el Mundial de Rusia 2018. El objetivo de *bajar la inflación* resultó ser mucho más que oneroso. Por impericia o por *intereses creados* particulares a la búsqueda de dividendos, llevó a que se mantenga una *tasa de interés imposible*, pendiente siempre ella de cuándo *pasar al dólar* ni bien se brinde la oportunidad. Su resultado, la inflación más alta desde 1991, y un panorama más que vidrioso: devaluación, modificación de las tarifas dolarizadas, caída del consumo, del comercio, desempleo, caída de la industria de la construcción, apertura desproporcionada de las importaciones, cierre de empresas, Pymes e industrias tradicionales, vendaval de productos inútiles. Sin dejar de recordar que la Industria crea empleos y servicios, ello generó un *estado de temor* ante la inminencia de una potencial de *devaluación permanente* que sólo supo generar, en la realidad de la vida socioeconómica argentina: *mayor desigualdad*. La denominada *bicicleta financiera* resultó ser un *negocio de pocos*, muy *lucrativo*, de aquellos que poseen capacidad de acopio, *poder* e Información para realizar los movimientos adecuados en la posibilidad de concretar ganancias desproporcionadas sino siderales. Es una suerte de *timba* sobre un *garito* montado, donde los jugadores ya tienen acordada su partida con el croupier. Lo que sí viene a cuenta señalar desde una sociología crítica, resulta tremendamente aleccionadora, disciplinando y minando lo dicho más arriba de la *voluntad de lucha*, al ‘naturalizar’ y hacer tolerables tamaños sufrimientos inútiles.

De allí las diferencias *potenciales de transformación* que posean las diferentes sociedades. Recién se habló de cómo son los manejos en países estables -como Chile- que poseen una tasa superior de reinversión de sus excedentes a los de, por ejemplo, la Argentina o Venezuela. Traducido a porcentajes: 10, 60 y 80%, respectivamente. Tan así resulta tal condicionamiento que se ha producido, para traducirlo a un lenguaje concreto, que lo que debiera tributar a nivel local, provincial y estatal, toda esa renta ha de pasar por mecanismos no transparentes que, de manera encubierta, transitan hacia los denominados “paraísos fiscales”, o se retroalimenten en *inversiones especulativas*. De allí la exigencia acerca de que no existan “cepos” ni “control de cambios”, para lograr una baja del denominado “riesgo país”, o que la misma sea insuflada de manera ficticia para obtener una *maximización de la ganancia*. Como se ha procurado establecer, este juego de ficciones que establecen las ‘condiciones y gramáticas de reconocimiento’ del *sistema neoliberal*, en una de tantas de tales imposturas ficticias: el vocinglero ascenso de “país de frontera” a “emergente”, cuando se publicita un logro, lo que corresponde más a la *valuación de los comportamientos en los cumplimientos para con los centros financieros*, antes que a conquistas estructurales y materiales logradas por la eficiencia de la estructura económico/ financiera. Mucha de la deuda externa adquirida en los últimos años, antes de fines del 2018, aniquilada del presupuesto 2019, recién ha pasado a ser *obra pública*, en el último tramo. El resto ha sido *moneda líquida* para *equilibrar el déficit fiscal y deuda constante del crónico déficit de la cuenta corriente*. Una impericia: *contraer deuda externa en dólares para equilibrar el déficit de cuenta*

corriente. Luego de la criticada “inflación incontrolada”, hoy, el compromiso con el sector externo no posee límites ni perspectivas de achicarse, como se encuentra a la vista. O que el desenlace de ingobernabilidad generado por todas estas concesiones dadas al capital financiero, su corolario o norte sea recurrir, como se ha hecho, ya que tales medidas habrían de tener un desmesurado costo político, al FMI o asumir las recetas del WB (Banco Mundial). Lo que queda claro es que lo que se ha producido es un oscurecido empobrecimiento de la trama de responsabilidades y solidaridades sociales, para pasar a materializarse una fuerte desarticulación entre producción y finanzas, desplazando al Capital, para generar bienes y servicios al mundo de los negocios del dinero especulativo, de modo que la cuenta de Capitales se desarrolle de manera independiente de cualquier control que todo transite por fuera de lo que el mercado entienda como “confianza”, seguridad jurídica y demás especulaciones emocionales psico/ afectivas que justifican que a fines del siglo pasado se permitiera un desplazamiento financiero abierto de Capitales al costo de varios billones de dólares.

Es de esta forma sobre cómo se ha ido estructurando un *proceso de centralización y concentración del Capital*, y que el mismo no sólo tenga influencia en el *beneficio individual* de quienes se han sabido *capitalizar*, sino que también ello *habrá de poseer incidencia en todos los sectores de la economía*. La industria, la manufactura, los servicios, la producción agropecuaria, la minería, el comercio, los procesos de distribución, circulación y en los canales del consumo, los hiper y supermercados, shoppings, todo será contaminado por este tipo de ‘lectura’ exitista *del corto plazo* propia de *los procesos económicos de una época naciente*, dominada por una *visión estrecha y maximizadora de los beneficios*. No caben invocaciones patrióticas, ni calibración con *fundamentos éticos* sobre las consecuencias *del accionar especulativo*. Es un nuevo *modo de intervención económico/ corporativa* en donde no existe *la moral*, ni los *valores*, tampoco las *conductas austeras*, ni las *razones*, sólo los *réditos* de lo que Marx despiadadamente dijera: “el crudo cobro al contado”. Estos métodos y técnicas de *sobrevaluación especulativa* producen abismales desencuentros entre ‘lógicas’ no siempre compatibles que se rechazan mutuamente. Lo que se decía sobre el reclamo de los productores del Alto Valle de Río Negro, que ya no es rentable: la cosecha de una pera de primera calidad. A estos *actores directos* se les deben sumar los bancos, las financieras, las aseguradoras, los fondos de pensión, los fondos de cobertura, al margen de las ART, sistema previsional e impositivo fiscal local, provincial y nacional, quienes cotizan sobre *procesos económicos ficticios*, y al que ahora, en otra singular medida de la Justicia, les han colocado “techos” de pago, significativo logro para los trabajadores.

Desde la época de Menem, Cavallo, De la Rúa, las ART no actualizaban sus montos en *cuadros de pago*; fijos y estables dos décadas, pese al monstruoso proceso inflacionario.

Es allí donde se valoriza al dinero en tanto *Capital* intangible, ficcional, irreductible de ser sometido a un *proceso sociológicamente racional*, palpable, material, realmente valorizable. Esta ficción es el escenario donde se desenvuelve *el proceso de la vida en las sociedades cuando la producción capitalista*. Esta jerarquización, esta Organización o clasificación en niveles o jerarquías, asociados al *potencial de renta* que pueda brindar *dividendos*, es una *realidad* innata de la influencia del *mundo de las finanzas* por sobre del de *la producción* que se traduce a las propias particularidades de la *escala de cada país* de acuerdo con sus posibilidades, incidencia, integración al *mercado internacional*.

Todo este *complejo proceso social de producción capitalista* se ha diversificado, y se encuentra fuera de las posibilidades de ‘reconocimiento’ y ‘registro’ del ciudadano promedio de la Argentina, pero más aún, cuando es *segmentado por estrato social*. La *progresiva concentración y centralización capitalista* ha arrastrado a una modificación del universo simple que se hablaba al inicio: *el del mundo del Trabajo y la Producción*.

Con el aumento de la *concentración y centralización del Capital*, se aceleró el *proceso de reestructuración de la Producción y del Trabajo*. Se ha incrementado, al mismo tiempo, el *preciosismo* de los *mecanismos de intermediación financiera*, sobre todo cuando pasaron de manera directa a primar en todo el orbe las *relaciones de mercado*. Lo que inicialmente, al inicio del ciclo, cuando se hablaba de la *primera crisis del petróleo*, la situación inicial fue que los jeques árabes y sus inmensas familias, amén de adinerarse y adquirir extravagancias, habían alterado la relación entre *capitalismo/ producto*, al reinsertar con aquella *multiplicación del precio del crudo*, al *mundo de las finanzas*, no sólo priorizaron su *corto plazo* con la reinsertión al *mercado financiero* de sus eurodólares y petrodólares, sino que incidieron en el manejo del *líquido y tasas de interés*. Nuestro país, por entonces, luego de la asunción al mando de la economía a un hombre de total confianza del “Proceso”, esto es la dictadura genocida, José Alfredo Martínez de Hoz, encontrándose con una liquidez mayúscula, apta para una adquisición de *deuda externa blanda* muy favorable que, al poco tiempo, se habría de convertir en un monstruo oscuro que desnudaría la insolvencia del *ciclo económico* de la Argentina, al que le habrá de salvar el bloqueo norteamericano de granos a la entonces Unión Soviética. Y se procuró, con esa *relación comercial de exportaciones*, y la afamada “tablita”, que el pago de los *servicios de la deuda y la inflación* se comieron. De aquella casi ingenua adquisición de *deuda a destajo*, a las consecuencias que la misma trajo, sobre todo con su *manejo político* en el *pago de sus intereses* que, ya con otra *tasa de interés*, fueron las que dejaron un “campo minado” a la naciente *democracia*. Espero que el lector, a esta altura del trabajo, pueda ir asociando los *mecanismos decisorios* que compulsivamente se repiten. De aquellos años a la consolidación del *complejo proceso* y la *dinámica política* de sus *márgenes decisorios*, pero también la creciente *visibilización* de esos procesos de decisión por parte del estudioso, que antes fueran materia de *opinión técnica* de avezados economistas, y hoy se debiera entender que se hagan comprensibles los porqués de tal o cual camino, ante los meandros capitalistas.

El comportamiento capitalista oscila entre una ‘racionalidad’ asociada a pragmáticos fines, con el señalado concepto de *destrucción creativa*, mas también a *movimientos mecánicos propios de la memoria* de un momento favorable de su pasado. Una suerte de *compulsión a la repetición*. Liberados de los “fantasmas” y potenciales riesgos de su confrontación con el *comunismo*, ahora también deben competir con otros *actores* no iniciales, reconvertidos, sobre todo de aquellos *capitalistas no previstos*. Estos *mecanismos* ligeramente descriptos, son el fruto de una *pulsión*, esto es de un *instinto compulsivo apenas mediado por la consciencia*, que les permitiera procurar compensar la *tendencia decreciente de la tasa de ganancia* que, durante los años ‘60 y ‘80, y ella fuera vivida como una amenaza de asfixia inminente. Los *sectores concentrados de las metrópolis occidentales* esgrimieron todas las posibilidades que ofrecían el transporte, las nuevas tecnologías informáticas, comunicacionales y el procesamiento de datos y novedosas formas de Información, para *iniciar un proceso* no previsto: *la relocalización de las empresas manufactureras hacia la periferia*. Era una respuesta instintual, ‘lógica’ del *Capital* que, al haber llegado a sus *límites en la tasa a la baja en materia de*

salarios en las metrópolis, no hesitó en reelaborar novedosas *estrategias* ya sin los límites de *la política y el Estado*. Lo que antes fueran *multinacionales*, estas eran: empresas de un determinado color de bandera de *Capital* inicial que conquistaban y lidiaban con las empresas competidoras de otras Naciones y contra otros Estados, resultaron envueltas en gastos de su *Capital variable*, con una fuerte tendencia de suba de salarios, para ellos onerosa, no dudaron en acelerar su decisión de emigrar. Se desmantelaron gradualmente las *unidades productivas de carácter nacional*, abandonando sus lares para pasar a iniciar un audaz *proceso de relocalización por segmentos*, una suerte de *espontánea reestructuración*, inferida por lo que se pudieran entender “ventajas comparativas” locales por *un universo abierto que se les abriera en una estudiada diversificación por fragmentos dentro de la concepción universalista del sistema capitalista*. Sistema, ahora sí liberado de todos aquellos “fantasmas” amenazantes estatales, fiscales, la constricción de la amenaza gremial, exigencias y reivindicaciones propias de las ‘condiciones de trabajo’, liberados del tema salarial y previsional, y tantas otras contrariedades ya intolerables para las industrias nacionales metropolitanas y locales propias de los años previos de aquel atosigante *Estado Social*. Es como si se hubieran liberado de una comprimida crisis motivacional y se vieron salvados de compromisos tales como los de dejar de tener que lidiar con la búsqueda de construir de fatuos *consensos* contra quienes ya no soportaban más, dejando de lado cualquier concepto de *integración social local*.

De esta manera se ha de producir este *tránsito de la multinacional de bandera a la transnacional*. Más aún, ahora, descomprimidas las viejas amenazas, con una fluidez organizativa que les permitiera indagar complementos anteriormente desdeñados, como la *unión transitoria de empresas*, los horizontes de un *universo sin restricciones* fue un estímulo inigualable para la experimentación y fluidez organizativa, importando *no sólo el modo de producir, de distribución y de consumo*, sino que se fue restableciendo por segmentos de *un sistema productivo mundial, universalizando al modo capitalista de producir, distribuir y consumir*, iniciando así *un nuevo ciclo*, dando por finalizada la *etapa de expansión capitalista a escala mundial*. Esta nueva etapa de la *globalización capitalista* genera la *potenciación y extensión de un nuevo modo de integración a una forma capitalista que ya se había olvidado*, el de la *construcción sin límites*, propia del inicial *capitalismo de libre competencia* previo a las guerras mundiales que, en aquellas etapas anteriores, donde para nada resultase casual que se la pueda *leer* al modo de una ideología dieciochesca reflatada, ahora ya sin las mortificaciones de los límites que les imponían en su accionar *la política y el Estado*. Y que ellas asomasen hoy, en esa nueva construcción denominada justamente *neoliberalismo*, el viejo simplificado *liberalismo económico*, ya sin restricciones. Una *teoría política económica* que brota de la misma *crisis estructural* líneas arriba descrita de los '70, en el contexto de *las dos crisis del petróleo*, con una suerte de *formación reactiva* a la *asfixiante intervención del Estado*, compelido a *redimensionar sus funciones y/o a defender los intereses* de “los suyos” *más allá de las fronteras*. No les resultó difícil recuperar aquellos *funcionales credos doctrinarios* que les favorecerían y se pudieran adaptar sin grandes “dramas” al *Estado del régimen capitalista en su fase global*. Esta mirada distante de *los Estados* invirtió la *carga de la prueba*, e hizo de manera impensada que esos *Estados* resultaran, esta vez al revés, dependientes de la nueva y vehemente consistencia y peso que habría de tomar el surgente *Capital transnacional*. Un economista austríaco del Partido Social Demócrata Alemán (SPD), de fuerte manejo de *la política económica internacional*, analizó esta dependencia del peso del *capital transnacional*. Señalaba Rudolf Hilferding, en su afamado y vigente texto “El Capital Financiero” que: “cuanto mayor sea un espacio

económico y más poblado esté, tanto mayor puede ser la unidad empresarial, tanto menores los costos de producción; tanto más intensa también la especialización dentro de establecimientos, lo cual significa, igualmente, disminución de los costos de producción”. Este *movimiento de descentramiento de los establecimientos capitalistas noroccidentales* y cuya *diáspora* cobrara rumbos asiáticos, lo hacían porque sus competidores de las economías del pacífico asiático, se le mostraban a modo de *procesos amigables* con los nuevos horizontes de *plasticidad productiva y organizativa*. A los iniciales *tigres del Oriente* (Japón, Taiwán, Corea del Sur, Singapur, Hong Kong), se le sumarán los *dragones orientales* (Tailandia, Malasia, Filipinas, Indonesia, China).

Mientras Occidente rumbeaba para el Asia, las empresas norteamericanas construyeron su espacio propio con Canadá y México (el NAFTA), donde tuvieron la expectativa de asimilar a los conglomerados del extremo Oriente digiriendo a *la maquila mexicana*. Este descentramiento, pese a su inicial ‘lectura’ de descentramiento aluvional, no fue así. En las casas matrices se retuvieron consumadas funciones decisorias estratégicas.

Se mantuvo a la “cabeza” organizadora, planificadora, aquella determinante en todas las *decisiones estratégicas* que tuvieron que ver con la *ingeniería de procesos, diseños*, posibilidades de *automatización, robotización*, creación de *prototipos*, producción de *armamentos* y, sobre todo, una seria *evaluación* de cualquier *modificación* de relevancia en cualquiera de las esferas de la *innovación tecnológica*. No sólo en la materia que se pudiera entender propia, sino teniendo en cuenta que la *evolución tecnológica* resultaría integral y que ella llevaría a formar parte de todo aquello que se denominan: *las externalidades de la economía*. Como nunca *las externalidades positivas y negativas* deben ser tenidas en cuenta, estas son: las *costes o beneficios relativos* de cada una de las sedes y subsedes de la *producción* y de sus *consumos de bienes o servicios*, que no sólo reflejan los *precios de mercado*, sino de un *conjunto de actividades que inciden en el conjunto del proceso productivo*, ahora, a *escala planetaria*. Esta retención de lo que aquí se ha dado en denominar al *núcleo productivo más dinámico* y la *fuerza de las decisiones estratégicas*. Es de esta manera como se comenzó a gestar en los sectores más concentrados del *Capital*, asociados a las cadenas de suministros del *mercado internacional* siempre lideradas por *transnacionales*, esta serie de *descentramientos* de los *núcleos fabriles*, y que ellos para nada fueran improvisados, al contrario, el producto de una irrefrenable y febril *productividad masiva de productos para el mercado*. Como si se asumiera que se estaba adentrando al interior de *otra etapa del desarrollo capitalista*, ya *liberados de los compromisos* con las *fuerzas productivas del orden local y nacional*. Esa *relocalización* generó un *cambio sustancial en la estructura del empleo* y su relación con los *ámbitos nacionales*. Los temas de la *ocupación, desocupación y subocupación*, así también del temido *desempleo*, aumentaron la necesidad de una *recalificación* para constituir otro *ejército industrial de reserva*. La cuestión del *paro*, como se dice en el mundo, generó otras ‘condiciones’ en la *relación de y con los trabajadores*. Los viejos fantasmas sindicales, la obligada flexibilidad “puertas adentro”, como la precariedad y la aceptación sin vueltas del *trabajo a destajo*, hicieron bajar los *requerimientos de las calificaciones*, aunque también se cometieron excesos de *sobrecalificación*. A partir de los ’80 se fueron construyendo otros ‘supuestos’ en materia de *management*, de las *calidades* en materia de *procesos* como de *control final*.

Estas *transformaciones transnacionales* impactaron de manera dramática en Europa, con un *desempleo estructural* y una amenaza de *crisis del trabajo* como *factor*

permanente. La desindicalización cobró vuelo, y con ella las condiciones de trabajo, la señalada calificación y legislación laboral. La precarización del trabajo produjo un efecto dominó con fuerte caída salarial y reducción de beneficios sociales, que estimularon las contrataciones a término, nuestros monotributistas, y también el trabajo a destajo, aumentando los grandes conglomerados sociales sometidos a puestos de trabajo de baja calidad. Estas transformaciones generaron también que, al interior del Capital, y dentro de las fracciones más calificadas, se tuviera zozobra e incertidumbre.

Para ir redondeando algunas ‘cuestiones’ finales con este *Control de Cambios Políticos* sobre este conjunto de fenómenos que han ido signando esta radical transición entre dos períodos: el del tránsito de la etapa tardía del capitalismo de organización a la de la globalización, su signo definitivo ha sido el de la multiplicación de la desigualdad social. En nombre del progreso y la civilización, se tuvo la tentación de superar los corsés y despuntar restricciones, asegurando que la liberalización del Capital habría de asegurar un futuro venturoso, cuando, justamente, ha llevado a una cruda regresión de la cuestión social, a una nueva ausencia de equidad y creciente, en apariencia irreversible, desigualación social. Más aún, en aquellos países donde se ufanan de asumir riesgos mayores con una menor intervención estatal, aquellos que se sintieran más “liberales”, en su acepción individualista/ consumista, ellos han resultado ser los procesos sociales y económicos más patológicos. Los más fatalmente regresivos y socialmente polarizados al interior de sus sociedades. La dilapidación de las conquistas sociales adoptadas por el período previo del Estado Social no resultaron ser un error de apreciación, sino que formaron parte de la irrefrenable codicia y angurria desatada por hacerse de un botín vacante mayor, fruto de una ‘lectura’ facciosa y de una oportunidad histórica sobre la base de una relación de fuerzas que les resultaba muy favorable para el Capital, tal como ocurriera con la tan imprevista como provocada Caída del Muro. Las respuestas de un Trump y su base social todavía están a flor de piel. Pero tanto sus invocaciones supuestamente nacionalistas, localistas, todavía están sin alterar en nada el régimen de acumulación financiero y de acaparamiento monopolístico, y continúa siendo una garantía de continuidad de un modelo que para nada asegura ni certifica respuestas estratégicas para la humanidad. Más aún, la contraofensiva neoliberal hemisférica, más aún suramericana, los regímenes filofascistas, neo y posfascistas en Europa Central y Oriental, la total ausencia de respuestas para África y el empantanamiento y confusión de Cercano Oriente, permiten predecir procesos de inestabilidad manifiesta. La realidad sugestiva de una supuesta ventaja nuclear y armamentista de Rusia, con la amenaza constante de China que no merma en su crecimiento, son factores de difícil dominio. El mismo proceso de globalización es una pasiva adaptación de la estructura del capitalismo de siempre bajo nuevos ropajes. Es el mismo fenómeno económico y social revestido bajo las mismas fatuas promesas de la ideología neoliberal. El economista francés Thomas Piketty, quien lograra su fama con los estudios de los registros fiscales de los EE. UU., Francia, Inglaterra, Alemania y otros, demostró que existen factores, ínsitos al capitalismo que fomentan un estado de desigualdad creciente, cuando señala:

“Con independencia de lo justificadas que puedan estar inicialmente las desigualdades de riqueza, las fortunas pueden crecer y perpetuarse más allá de todo límite razonable y más allá de cualquier justificación razonable en términos de utilidad social. Los empresarios tienden entonces a convertirse en rentistas, no con el paso de las generaciones, sino en el curso de una sola vida...”.

Y al respecto no viene mal recuperar alguna definición de Karl Marx, quien en su tomo III de “El Capital” decía: “¡Capital, suelo, trabajo! Pero el capital no es una *cosa*, sino [una] *determinada relación social de producción perteneciente a determinada formación histórico-social* y que se representa en una *cosa* y le confiere a ésta un carácter específicamente social” (subrayado propio del escriba), agregando:

El capital no es la suma de los medios de producción materiales y producidos. El capital son los medios de producción transformados en capital, medios que en sí distan tanto de ser capital como el oro o la plata, en sí, de ser dinero. Son los medios de producción monopolizados por determinada parte de la sociedad, los productos y las condiciones de actividad de la fuerza de trabajo viva automatizados precisamente frente a dicha fuerza de trabajo, que personifican en el capital por obra de este antagonismo...”.

Qué es lo que aquí se procura señalar: desde un inicio la perspectiva inherente del *Capital* es la *desigualación*, es la de la *naturaleza del tropo del escorpión y la rana*, su ínsito ADN del *sistema* que se propone. La pobreza, el subdesarrollo, sus crisis, los déficits, las deudas, el *mercado*, todos son conceptos que se vuelven *abstractos* si no se los opera en la *realidad* a partir de las *relaciones sociales concretas* sobre cómo este *sistema social* opera en la singularidad propia de cada *sociedad*. No resulta un exceso expresar que los *problemas sociales del mundo* no se encuentran por fuera de la *esencia* misma del *sistema capitalista*. No valen siquiera tener en cuenta las vanas promesas de éxito de funcionarios y gobernantes, del optimismo desenfrenado de divulgadores y periodistas frente a sus atractivas novedades tecnológicas. Nada opera por voluntad propia, la obligación del analista es justamente la búsqueda de lograr hacer ver: *en qué influye esta realidad tan difícil de escudriñar y qué genera tan fatuo optimismo*: su *contradictoria naturaleza es la sembradora de diferencias, desigualdades y asimetrías*, en tanto *papel mitificador* que confunde y, ahora, a partir de la dominancia del ‘sistema de Información y de Comunicación’ de los *mass-media* y *complejos multimediales* hace que sea difícil *discriminar discerniendo* ‘situaciones’ que *no* incitan a ser descubiertas.

Continuando con otras dos últimas parrafadas del propio maestro Karl Marx:

“...hemos puesto de relieve ya el carácter mistificador que transforma las relaciones sociales a las que sirven en la producción, como esas mismas cosas (mercancía) y que llega aún más lejos al convertir la relación misma de producción y en el caso del capital, que forma su categoría dominante, su relación de producción determinante, ese mundo encantado y distorsionado se desarrolla mucho más aún...”.

En tanto sociólogos, esta *desigualdad social* no resulta ser el *producto de divinidad alguna*, ni sea propia ni innata de la *naturaleza del hombre*. Forman parte de las *relaciones sociales propias de un régimen social, por naturaleza asimétrico*, que exige de cierto uso de la *racionalidad del hombre*, quien debiera *procurar una intervención ‘racional’*, ya que nada de esta *naturaleza* se define eterna ni inmutable, en su léxico:

“...Como el capital, el trabajo asalariado y la propiedad de la tierra no son otra cosa que determinadas formas sociales históricamente determinadas...”.

La disposición del hombre actual constituye parte de *una decisión política del tipo de sociedad mundial* que ha de definir *cómo ha de ser y cuál ha de ser su destino*. Cuando la suma de fracasos políticos, militares, institucionales, usos y costumbres, ideológicos, generaron las ‘condiciones’ para el surgimiento del nazi/ fascismo, las cuestiones mal resueltas por Versalles del desenlace de la primera guerra mundial, las revoluciones en la Rusia Zarista, la marcha sobre Roma, el jueves negro de Wall Street, la depresión de la década del ’30, las dos guerras mundiales, estas barbaridades no fueron el producto del azar. Formaron parte de *la productividad de una serie de sinrazones propias de la naturaleza humana* que, frente al prestigio y lo actuado por *el universo soviético*, vía una compulsa político/ ideológica entre las dos potencias emergentes más visibles, se vieran obligadas a *descomprimir la inequidad social* con la creación del *Estado de Bienestar*. Cuando tales ‘condiciones’ se modifican con *el derrumbe socialista*, cuando su enemigo no pudo sostener tal compulsa, lo que aquí se denominara puja, todo volvió al inicio, a la misma ausencia de *reglas macro* cual el largo período previo a las guerras: *el capitalismo liberal*, el denominado *capitalismo de libre concurrencia*. Una vuelta a *la compulsa abierta*, a *los intereses desatados*, a *la imposición del más fuerte*, a aquel *estado de naturaleza de todos contra todos* arriba señalado rescatando al afamado *contractualista*, el filósofo inglés Thomas Hobbes, quien se tuvo que ir de Inglaterra para diagnosticar, a inicios del siglo XVIII, la necesidad de ese *contrato social* en el ya nombrado “Leviatán” (1651) ya que, en 1666, fueran quemados la totalidad de sus libros, como también se ha de repetir cuando su muerte, sin saber que sus ideas, sus preguntas, sus críticas sagaces, serían las que habrían de iniciar *la era moderna*.

Otro gran historiador norteamericano, comprometido con la gesta hemisférica ha sido Immanuelle Wallerstein, quien en sus reflexiones no ha vacilado en preguntarse sobre:

“¿habría algo hoy fundamentalmente diferente de lo que sucedía hace cincuenta años? (...) Para mí, la respuesta es no: económicamente no sucede nada diferente de lo que actualmente denominamos ‘globalización’”, concluyendo que: “La globalización, (...) es la esencia del modo de funcionamiento de la economía-mundo capitalista, y lo ha sido toda la vida. Los capitalistas no se concentran en un solo país, no los grandes, no los importantes. Y es totalmente falsa la idea de que solamente hoy existe mercado mundial...”. “...lo que pasa hoy no es algo nuevo; sin embargo, se manifiesta como una expresión ideológica de la situación actual. El término globalización, que es utilizado desde hace más o menos diez años, parte de la campaña neoliberal para imponerse sobre resistencias varias, fomentando la creencia según la cual hacemos frente a una situación inevitable, y es en este sentido que los Estados no pueden hacer nada, deben someterse”.

La crónica *crisis del capitalismo mundial* dominó y generó ‘condiciones’ para que la prepotencia de una ‘lectura’ de los hechos se pudiera presentar de desenlace obligado: el decaimiento de los *mercados nacionales*, entre los ’80 y los ’90, exigió nuestro *acondicionamiento* a una apertura a los *mercados internacionales*, pero no sólo de *mercancías producto*, sino de la misma *producción* que se diseminó por el *mundo* en las *factorías transnacionales* de lo que en los ’70 nombráramos *empresas multinacionales*.

Existía una mayor exportación de *Capitales* que de *productos* devenidos en *mercancías*. De esta manera creció la inversión directa de *Capitales* por el *mundo*, tres veces más

fuertes que las *exportaciones de mercancías*. Acrecentaron las *operaciones financieras a escala mundial*, y el *Capital* se transformó en un *universo desarraigado*, cada vez más *especulativo* que habría de procurar su *objetivo: la maximización de sus ganancias*.

Crecieron las *actividades especulativas*, sin un debido soporte material, estallando con el planteado caso de la “burbuja bursátil de las *subprimes*” (2008), testigo del abuso irreprimible del *afán de lucro* que pinchó tal “burbuja financiera”. En algún momento, el *principio de realidad* habría de hacerse presente. Al mismo período donde se produce la *liberalización absoluta de los mercados*. La creación de la OMC, Organización Mundial del Comercio, su meta: *ponerles freno a las guerras comerciales*, queriendo *llevar a la baja los aranceles*, humillando en su impotencia a los *Estados Nacionales*.

Este universo tan *especulativo* en su abstracción e inmaterialidad estableció *fantasías y corazonadas imaginarias* procurando la *potenciación de la producción* y que fuera llevada a cabo por *los grandes capitales*. Una evidente *ilusión: obligar a liberarse de la actividad especulativa para frenar su expansión*: un sueño, una verdadera quimera.

Las *industrias nacionales* ya no se remiten más a los *mercados nacionales*, ellas tienen la obligación de avanzar sobre *otros*, adentrándose dentro de una *ley de hierro del capitalismo*: la de *la necesidad de una constante ampliación de los mercados*. De allí que su *liberalización* haya provocado su *extensión a vastos reagrupamientos regionales*. Así, han de surgir la UE, también los TLCs, Tratados de Libre Comercio, el NAFTA para la unidad regional de Norte América, la consolidación del Mercosur, del Pacífico, y así *ad infinitum*. La misma RCyT brinda su inocultable aporte con los impactos de *la era digital de la tecnología*, con el fortalecimiento de un ‘sistema de Información y Comunicación’ basados en las telecomunicaciones y el surgimiento de la informática, telemática, chips, robótica y demás. Todo este ‘cuadro situación’ habrá de acorralar al *hemisferio*. Los regímenes autoritarios, “la década perdida” de los ‘80, la *construcción hegemónica* del ‘pensamiento único’ y la angurriente linealidad privatista y mercantil del “Consenso de Washington” (1990), abrieron las compuertas para una “revancha suramericana” con su: “giro a la izquierda” o *regímenes posneoliberales* suramericanos de la década y media inicial del siglo XXI. No existió *accidente* que, para los ‘90, desde Salinas de Gortari en México, el Perú de Fujimori, el Brasil de Collor de Mello o la Argentina de Menem, tal *confluencia* pudiera resultar el producto de una *casualidad*.

Tampoco se puede entender que sea sólo *una debilidad de los pueblos*. Más bien son las *relaciones de fuerza materiales del paralelogramo de fuerzas resultante de múltiples factores confluientes* los que *sobredeterminan* las ‘condiciones históricas’ de una *construcción hegemónica epocal integral*: económica, financiera, institucional, política, cultural, en definitiva, de una ‘concepción del mundo’, vale decir ‘ideológica’, que se ha de presentar *imperialista, despótica*. Una cabal *expresión de la naturaleza que asumen las relaciones sociales* que se exigen de una *salida* y sólo cobran un ‘sentido’ preponderante y esencial en determinado momento histórico. Todo *Occidente*, incluyendo Latinoamérica, se postra frente a esta presencia, arrastrando consigo a una suerte de *recolonización*; confluyendo *mercados y necesidades* con la determinación de *las urgencias propias del mundo de las inversiones en un determinado período*. Exige que se profundice en el estudio de los *porqués*, acerca de los *porqués ocurre lo que ocurre* y que todavía haya tantas “butacas” a disposición, expectantes de alguna

escucha que brinde alguna *claridad* y, sobre todo, *propuestas* que no resulten *autodestructivas*.

Sólo una *investigación profunda de los hechos*, responsable, y de *quiénes* y *qué* se encuentra *por detrás*, *quiénes* se benefician, *quiénes* se perjudican, *cómo* se comportan ‘instituciones’ y ‘actores políticos’, nuevas *formas* de *protagonismo* y *legitimidad* que superen la actual *crisis de representatividad* de la política a escala mundial, la búsqueda de nuevos intérpretes, protagonistas y héroes, así como también de otras *formas de participación*, de la elaboración de *nuevos recursos democráticos* antes que sea tarde, la preservación de los *instrumentos y herramientas de participación popular y medición de resultados*, forman parte de la *nueva obligación* que *al lector le corresponde asumir*.

Para redondear una ‘lectura’ medianamente sistemática acerca de *cómo impacta la ideología neoliberal y la globalización capitalista tardía* en la periferia, a las observaciones ya realizadas desde lo que ya en los años ‘60 y ‘70 señalara la ‘teoría de la dependencia’, se le debe sumar una *desagregación* propia de América Latina, y de también para todos aquellos países de *mayor complejidad estructural*, como son los que alguna vez poseyeron *mercados internos* y la *desarrollista* aspiración de un *capitalismo autosostenido*. Antes de puntualizar, debemos señalar que el hemisferio no resulta ser una *homogeneidad*. La vieja predicción de “desarrollo desigual y combinado”, siquiera al interior de una misma unidad nacional, territorial y, aún del Estado Nacional, viene a señalar una *ficticia uniformidad vis a vis* a una *creciente desigualdad social* que no es otra cosa que la *precarización social* que trae consigo la *globalización capitalista*. Ella implica la *pérdida de soberanía de la sociedad política del Estado* y a una *dualización societal* entre *modernizados* y *precarios*, cual la *última vieja sociedad soviética*. El proceso de “la democracia social” de posguerra, con sus políticas keynesianas y la creación del *Estado Benefactor*, la revolución rusa, las dos guerras mundiales y la gran crisis capitalista se moderaron a mediados del siglo XX frente a una amenaza cierta de una *revolución social* que amenazaba al *sistema capitalista global*. La caída del Muro y la desaparición de la URSS y su bloque, crearon nuevas y otras ‘condiciones’ para el reflatamiento del *modelo de globalización neoliberal*, transitando el camino inverso de *posguerra* con acuerdos de atributos privatistas, tales los casos de los Tratados de Libre Comercio (TLCs), el Consenso de Washington (1990). Si para la Europa de inicios del siglo XIX el decil más rico poseía el 80% del patrimonio; para 1910, ese mismo decil poseía el 90%; para decrecer, hacia 1975, bajando a casi el 60%. En la actualidad los índices han vuelto a los mismos signos alarmantes de aquel pasado, donde el 20% de *El Capital* concentrado posea el 80% del dominio mundial y el 1% casi el 50%. Veintiocho familias poseen los ingresos equivalentes a tres mil ochocientos habitantes, más de la mitad de la humanidad. Claro que estos *procesos* impactan de manera diferenciada. Y la vuelta a *indicadores de desigualdad y de pérdida* según parece no habrán de encontrar *límites* en la pendiente irrefrenable actual. Mucho menos una *retracción espontánea*.

Existe una *reprimarización* difícil de ocultar, amén de que los *países más integralmente atrasados* poseen menores problemas que los países de Latinoamérica que conservaron *estructuras capitalistas más avanzadas*, porque la *globalización neoliberal* posee un fuerte *eje financiero* que ha alterado con su presencia *per se* los *modelos de desarrollo sobrevivientes*. En todos los países, como se dijo, coexisten de manera combinada *dos modelos de desarrollo*, cambio o tipo propio de *modernización*. Un cambio diacrónico y otro sincrónico, que constituyen una diversidad modernizadora

siempre bajo el prototipo de lo que la gente más grande tiene en mente. Está organizado y que aún moldea vastos contingentes sociales en base a la producción, el trabajo, la política, con *actores sociales* que constituyen en sus *praxis*, sus ‘identidades’, su *subjetividad*

sobre la base de un *sistema sociocultural* de lo que se concite en tanto la noción de *sociedad*, y la *estructura social* se organiza sobre la base de una *sistematización* más o menos en línea de la cultura, política, economía, preparados especialmente orientados para *el ejercicio de la ciudadanía y el trabajo*. Este resulta ser un *tipo de socialización moderna* que remite a un *imaginario social* todavía vigente y que aún se reclama con alguna *vigencia*. La *familia nuclear* es su estructura de base y la *política*, y con ella la ética y la moral, y fuertes componentes de ‘identidades políticas y sociales’ que remiten a matrices emocional/ afectivos que se tiene la impresión de que no mantienen la vigencia que los sostenedores de *una vuelta a aquel pasado* con fuerza sostienen. Todo este *modelo societal*, propio del llamado *Estado Nación* y que aquella *sociedad industrial de posguerra* se constituyera con la invocación bajo las nociones de *progreso*, *desarrollo*, pensando que “el día de mañana ha de ser mejor que el de hoy, superando al pasado”. Es un mundo establecido sobre *una concepción igualitarista, de crecimiento económico y de una sociedad política del Estado obligada a ser expresión de las relaciones de fuerza entre la política y el Estado*. Se insiste, un grueso de los procesos de ‘subjetivación’ se encuentran aún atrapados dentro de los ‘imaginarios’ constituidos bajo de aquellos *patrones culturales* avasallados hoy por esta dinámica superadora.

Claro que, de este weberiano *tipo ideal* que abstrae al *modelo industrial* del *Estado nacional*, se encuentra *yuxtapuesto*, y bajo *infinitas combinaciones contrapuestas* el uno con el otro, con el de la *sociedad posindustrial modernizada* (Manuel Garretón). Una *sociedad* que no se *estructura* sobre la base de la *política*, la producción, el trabajo, sino que lo hacen asentadas sobre *las ideas de la comunicación y el consumo*, el mail, el celular, la pc, sustituyendo al comité de partido, la asamblea, el diario de formato gráfico de papel. Nuevas *modalidades* diferentes del papel activo de aquel pasado, mucho más –en algún sentido- *pasivas*, basadas en la *interacción simbólica y cultural* más que física, de la ocupación del *espacio público propio de la sociedad de masas*, con otra distribución del peso de los espacios, con otra valoración de la acción pública, estableciéndose nuevos mecanismos de comunicación –debido a otras ‘condiciones y gramáticas de producción, circulación y consumo’- sustitutivos, propios de *la era digital* en línea con el cambio de paradigma tecnológico producido a partir de la RCyT.

Es en este prototipo ideal donde el sociólogo se toma la licencia de comenzar a repensar la naturaleza de los conflictos que se están viviendo y que de manera tan inocultable tantas dificultades de delimitación se le presentan a todas las CHyS, *la política*, la intelectualidad y la Academia. Ellos se enraízan de manera insoslayable con la omnipresente denominada *globalización*, donde *su dimensión económica fundamental sea la producción de riqueza de bienes materiales, sino básicamente financieros*, donde los *vínculos simbólicos* se encuentran determinados por *la acción comunicativa* (Jürgen Habermas), que en *la realidad de los hechos* se superpone y supera la dimensión de *la política*, debilitando fuertemente toda idea de *soberanía* del ancestral *Estado nacional*.

La *globalización* de los mercados, los consumos y la producción altera las *posibilidades de registro* de los *procesos macro* y dificulta gravemente también los ‘aparatos’ categoriales a disposición de *la plebe*, v.g., ‘las condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento’ de *lo real*, teniendo a *la realidad* massmediática, los *factores reales de poder* y los ‘servicios de inteligencia’, oportunidades únicas de incidencia para la conformación de una *opinión pública* constituida sobre la base de un funcional ‘sistema de creencias’ desde el cual se asienta un inequívoco *pensamiento alienado* dentro del cual los poderosos operan. Todo ello potencia una *fragmentación múltiple* a la que se le deben sumar las estructuras etarias, plurisexuales, religiosas, regionales, nacionalidades, etnias, colores. A diferencia de la disputa de un Max Weber con un Talcott Parsons, *la realidad tardocapitalista* ya no se encamina más desde *el particularismo al universalismo*, sino como muy bien lo señala el gran colega chileno Garretón, todo ocurre a la inversa, al revés. Y aquí se habrá de acentuar agregar que con un tipo de *construcción hegemónica* cuya *dominación* se presenta tan pírrica como imperceptible, y que sólo algo se hará *visible* a partir de sus *síntomas más groseros*.

Existe una nueva ‘subjetividad’ en *las relaciones sociales*, pero que se produce sobre la base de una “nueva era de las desigualdades” (Rosanvallón & Fitoussi), estableciéndose una *vinculación* que preserva utilitariamente los *viejos patrones culturales* de referencia de la *modernidad industrial capitalista*, ya que se los mantiene todavía como *meta a alcanzar*, sobre todo exacerbando prejuicios y anteojeras, con una extraña combinación y hábil administración de un *pasivo conformismo* con lo que “poco se entiende” en donde sólo cabe una muy lejana “sospecha”, al consolidarse un romántico ‘sistema de creencias’ basado en *aquellas utopías del pasado* que nunca se han de revisar porque representan *los horizontes de culminación de la acción civilizatoria de los procesos de modernización*. Pero, ahora, con el supletorio *agregado de los poderes fácticos*, los grupos del ‘sistema de Información y Comunicación’ massmediáticos y los niveles de intervención e incidencia de una *política* hipocratizada y demagógica, dominada por *la acción estratégica* de los ‘servicios de Inteligencia’. Su consecuencia directa es un *clima de desarticulación y confusión generalizados*, con un agudo rezago en ‘las condiciones de reconocimiento’ y lentitud en sus posibilidades de *registro* de las consecuencias de todo aquello que inicialmente de manera ingenua y doctrinaria se apoya. Como el escriba señala en otro lugar: una *imprecisión* generalizada y un *empobrecimiento* en las posibilidades de *discernimiento* de las *situaciones complejas*.

Claro que todo este ‘cuadro de situación’ de la sociología crítica *no* se encuentra a disposición. Se lo debe buscar, escudriñándolo, hurgándolo. Es un *compromiso*, como bien lo dicen los tres acápites del inicio que anteceden a este trabajo. Se trajina para eso. En *los hechos*, la superposición en infinitas combinaciones de los dos señalados *tipos ideales*, que nacen de una afirmación de Nelson Mandela para su Sudáfrica, que habrían de nacer de estos procesos multiculturales: “naciones arco iris”. Si al *cuadro de complejidad* se le suman los refugiados políticos y económicos, exiliados, las migraciones micro, la *trama social* es poco conciliable con la existencia de políticas lineales, genéricas y unidireccionales. Resulta un *objetivo* proceso de *desagregación* que produce tamaña novedosa *diversidad de inserciones*, esta *fragmentación* *resegmenta* por *estratos cruzados* por *todas las escalas* señaladas, más nivel educativo, el tradicional económico/ social, sanitario, etc. Su resultado: *sociedades parejamente homogéneas* en su creciente *heterogeneidad*. Y este proceso que atraviesa todo el

hemisferio, se *agudiza* aún más en los países como el Brasil, México, la Argentina, Uruguay, todavía Chile, que supieran adentrarse en una ‘lógica’ de la *modernización capitalista*, y hoy se encuentran atravesadas por tamañas *desigualdades*, donde a similar nivel económico/ social, de estatus, unos aspiran formar parte de la elite, mientras que los otros despliegan *estrategias de supervivencia* cuando no cercanos a *la indigencia*.

El cuadro de *complejidad* no resulta ser más explícito frente a las edulcoradas y mentirosas recetas del *poder real*: Netflix, Uber, FlyBondi, Glovo, Rappi, PedidosYa, ejemplos del *capitalismo particularista individualizado* del *modelo tecnologizado* de la *era digital*, sus *mediaciones y líneas de fuga*. *Neurocapitalismo*. tal como le denomina Giorgio Griziotti. Ilusionando con la exaltación de sus *experiencias únicas* y de *plena libertad*, como le dice al ciclista de Glovo: “Sé tu propio jefe. Flexibilidad de horarios, ingresos competitivos y la oportunidad de conocer tu ciudad repartiendo al aire libre. Apúntate y en menos de 24hs. colabora con nosotros”. Con la auspiciada disolución del *modelo de sociedad* propio del *Estado de Bienestar*, en tanto *instancia social de compromisos colectivos* respecto de un *mundo de hoy* conciliado bajo las demandas del “crudo pago al contado”. Descomprometido de toda noción de previsión social, seguridad personal, retenciones, aporte fiscal, sometido a *la flexibilización laboral*, el trabajo “a destajo”, al cuentapropismo y al monotributo, liberados de todo compromiso con los viejos conceptos y patrones culturales asociados a la moderna idea de *trabajador y Trabajo*. Alimentando la idea del *emprendorismo*, el *capital variable* (la mano de obra del *Trabajo*) ya no resulta, ojos vista, ser un *factor esencial* para los *winners* del *nuevo modelo descomprometido* de toda *instancia colectiva*. Pero también se teme que no existe una prolija elaboración respecto de una *agenda política* que asuma tamaños *desafíos*, ubicados bajo tales restricciones de ‘registro’ como de debida y adecuada asunción de toda su complejidad y grave pérdida de *valores y derechos*. Por lo menos, al decir de Emir Sader, los *regímenes posneoliberales* fueron víctimas de celadas previsibles cuando los sectores medios se sumaron a las campañas de *irracional estigmatización de las diversidades* que irían adquiriendo esos procesos con sus: *fakenews, lawfare, judge y forum shoppings*, y todo lo demás que trajera consigo con sus engaños *el mundo de hoy*. La *ingenuidad* de poner en *duda* las efectivas denuncias de un Edward Snowden, o la web de WikiLeaks de Julien Assange, o a no dudar que, desde el Ministerio de Seguridad, responsables de “sospechadas” discrecionalidades con Santiago Maldonado, o del mapuche Rafael Nahuel, no haciendo otra cosa que procurar preservar a resguardo a instancias, para este caso la Gendarmería, para instrumentar un inverosímil dictamen propio del *juego político del mundo de hoy*, tal como llevara consigo el mucho más que sospechado caso Nisman. Esta *complejidad social* permite profundizar lo inasible de ‘la verdad’ en lo que se ha reconvertido en *el mundo de hoy* bajo tales prefabricadas “grietas”. Un *mundo* donde *todos* resultan “expertos” locuaces, *opinators todo terreno*, donde *todos* enjuician, acusan y defienden *todo*, de conformidad a los ‘aparatos’ y *afectos* de su ‘sistema de creencias’ que permita *interpelar y asumir*.

Si como con el encabezamiento de este trabajo se ha procurado señalar, si no se quiere que éste sea *ese mundo mecanizado y alienante* de “Un mundo feliz”, resulta indispensable que cada uno realice una asunción militante de algunos de los puntos de vista que aquí se han procurado desplegar. El único modo de no caer en el fango.

Para finalizar, Slavoj Zizek, ese gran vendedor de fantasías, pero cuán cabales, anticipatorias e iluminadoras ellas resultan, tiempo atrás tomó a la película: “Los

sospechosos de siempre” (1995), *The usual suspects*, a modo de prototipo anticipatorio de los tiempos que fluyen. Uno podría ver allí un thriller mafioso, un policial dramático con una resolución original, o una condensación de todas las ruinosas malformaciones dentro de las cuales nos estamos desenvolviendo. Están allí las relaciones patológicas, la psicopatía, las *fakenews*, el *lawfare*, y si rascamos más, el 11-9, la ‘posverdad’, la muerte de la ‘verdad’, Venezuela, Siria, Nisman, *tutte i fiocchi*. Y terminó siendo una *película de culto*, cuando sus iniciales cuatro millones de inversión para nada fueron retribuidos al momento de su estreno. Película norteamericana escrita por Christopher McQuarrie, quien ganara un Oscar en cuanto mejor guión original, y dirigida por Bryan Singer. Protagonizada por Kevin Spacey -Oscar al mejor actor de reparto-, Gabriel Byrne, Stephen Baldwin, Benicio del Toro y Kevin Pollak. Diez años postreros a su estreno, se mantiene dentro de las 25 Internet Movie Database, “Top 250 Movie List”, y se conserva dentro de las diez AFT’s 10 Top 19 dentro de las “Películas de misterio”.

Hace más de veinte años el esloveno filósofo y sociólogo lacaneano marxista, Slavoj Žižek, predijo el tipo de *vínculo social* que se estaba consolidando con la novedosa *construcción hegemónica* de fines de siglo. Un *modelo* alrededor de *valores* distintivos, desagregados por estratos de conformidad a un ‘pensamiento único’ ordenador de todas los variados gradientes de winners & losers. *Modelo* que habría de establecer otras *relaciones interpersonales* mas de masiva aceptación universal y que, al modo de tantas veces que ha sucedido, como ocurriera en nuestro seno con el lunfardo y el tango, las relaciones periféricas, alienadas, marginales, se acomodan de un *modo funcional* en su vinculación para su momento, pero que en *el mundo de hoy*, han sabido extender resignada aceptación instrumentando de forma magistral el acomodar sus *estereotipos* de manera *eficaz y utilitaria* con evidente *empobrecimiento* en las ‘condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento’ discursivos y sus posibilidades de ‘registro’, amén de lo que aquí se ha denominado *discernimiento*. El escriba procura evitar caer en catastrofismos inútiles y, menos *todavía*, en “golpes bajos” y/o vulgares exitismos. Pero se solicita disculpas porque, desde la sociología crítica, se ha dejado vacante una pieza esencial frente al derrumbe de *la cuestión social* que involucra al *factor ideológico*, tal como resulta suceder con una necesaria sociología política del conocimiento. Seguramente fragilidades, inconsistencias, inconsecuencias y, peor aún, complicidades, se pudieron haber cometido con relación a esta larga serie de crueldades que la dominación ha instituido, sobre todo al no prever, advertir, ni siquiera dar cuenta de *una realidad tan estereotipada*, tal cual resulta ser *el mundo de hoy*. Se han cometido seguramente ingenuidades, omnipotencias y caído en moralismos, encubridoras omisiones de una disciplina científica que no ha sabido o no ha podido ser consecuente en la denuncia de tamañas malformaciones y que cayera cuasi en *connivencia* con la *barbarie* tras una supuesta ‘racionalidad’ que este trabajo ha procurado, aun de manera muy esquemática, bosquejar sobre el sórdido e irrespirable *mundo de hoy*. *O es que no existe* Keyser Söze, el mafioso húngaro de la señalada película de *los sospechosos* que ha sabido maniobrar sin reservas ni miramientos frente a un *mundo real* cínico, sórdido, desvertebrado, con asimetrías insalvables y crecientemente abierta *precariedad social*.